No es Demencia, es Literatura

ahmurillo

Capítulo 1Doppelgänger (Alejandro Hernández Murillo)

—No me gustan los pueblos pequeños—me dijo—. Me siento muy extraña en ellos, como si me hubieren alcanzado y tengo miedo de toparme a mí misma en cualquier momento. Por eso viajo, por eso me mantengo constantemente yendo de un lugar a otro.

»Sé que viviendo así nunca haré raíces.

»Sé que este tipo de vida no cualquiera podría sostenerlo, soportarlo y seguirlo. Lo sé. Y… y… no me importa—dijo y mintió. Lo supe porque se le quebró la voz y el brillo de sus ojos hacía mucho que había desaparecido.

No quise preguntarle nada, supuse que las razones por las cuales había decidido vivir así sólo le correspondían a ella. Pero también tenía ganas de platicar, quizá desahogarse de una forma u otra. O quizá a todo aquél que conocía en su viaje eterno le contaba la misma historia una y otra vez tal vez sino buscando ayuda, por lo menos cierta simpatía. Así que la escuche, durante toda la noche la escuché.

Viajábamos en tren de Venecia a Viena. A pesar de que yo tenía el boleto de primera clase del *eurorail* que había comprado desde México tiempo atrás cuando me hice de los boletos y arreglos necesarios para mi viaje a Europa, la demanda de trenes a Viena era tanta que apenas si alcancé a tomar el tren pero no pude conseguir asiento ya que estaba completamente lleno así que al igual que una gran mayoría tuve que viajar toda la noche en los pasillos del tren.

Irme parado era demasiado cansado por lo que me fui

a la cafetería y ahí estuve perdiendo el tiempo, aguantando el sueño lo más posible antes de que cerraran y tuviera que regresar una vez más al pasillo o a vagar por todo el tren hasta que amaneciera.

Ahí la conocí, también esperaba en la cafetería con un trago y un bocadillo hasta que el viaje concluyera y arribáramos finalmente a Viena.

El inicio de la conversación fue algo torpe, hablamos del viaje y de lo molesto que es pasar la noche en un tren sin tener un asiento.

No recuerdo quién habló primero, tal vez ella o quizá lo hice yo para pasar el tiempo. En esas condiciones de viaje, una plática con una chica hermosa era lo más urgente que se necesitaba para pasar el tiempo, y ella era hermosa. Es sólo que cargaba con algo en su alma, lo presentí enseguida, pero hablar no sólo me servía a mí, supuse que también a ella.

—¿Cuánto tiempo llevas viajando?—me preguntó.

—Un mes, más o menos. ¿Y tú?

—Quince años.

—¿Quince?

—Sí, soy una fugitiva—me informó.

Me preocupé un poco, andar con criminales no es mi estilo, ni siquiera me paso un alto.

—Sí, pero no ese tipo de fugitiva. La ley no me persigue, es algo más. Más etéreo—dijo y el rostro le

cambió. Se puso triste, o quizá algo peor.

Se llamaba Chiaki, era de un pequeño pueblo desconocido de la prefectura de Nagano, en la isla de *Honsh?* en Japón, tenía unos 34 años y había vivido en varias partes del mundo, incluyendo América Latina donde había aprendido español, cuando supo que yo era mexicano entonces dejamos el inglés que es el idioma con el cual nos presentamos y proseguimos la charla en español. De hecho eso le gustó mucho porque no tenía intenciones de que todos los presentes a nuestros alrededor—que también les había tocado viajar sin asiento—se enteraran de lo que conversábamos.

—En ese entonces yo estudiaba el tercer grado del *k?t?gakk?* (la Escuela Media Superior, lo que sería la preparatoria), tenía unos 17 años, 18 tal vez, ya ni siquiera lo recuerdo—y comenzó a narrar. Empezamos en la cafetería hasta que la cerraron y tuvimos que irnos a los pasillos, deambulamos por todo el tren, a veces en la ventana abierta sintiendo el aire, y otras veces sentados en el suelo. No dejamos de hablar, siempre atentos a lo que decía, la interrumpí un par de veces y dejé que sus emociones cargaran la narración lo mejor que podía y cuando el miedo o la desesperación la desconcentraba le daba fuerzas y aunque le decía que si lo deseaba podíamos cambiar el tema, no lo hizo. Continuó hasta que su narración concluyó y yo me enteré de su historia.

El relato comenzó con sus amigas. Chiaki pertenecía a un grupo de bellas chicas populares en la escuela, tenían algunos pretendientes, pero no les hacían caso a ningún chico. Disfrutaban su feminidad y hacerse las interesantes aunque en el fondo ellas querían algo serio

y tener un novio.

Su mejor amiga se llamaba Asuka y en sí con ella había iniciado todo.

Un día habían salido a una reunión en casa de una de ellas. Chiaki me contó que en su pueblo no había mucho que hacer, las chicas tenían la desesperación de unas adolescentes que querían conocer mundo, y deseaban con todas sus ganas vivir en Kyoto, Osaka, Okinawa, Tokyo o en alguna ciudad grande, ver algo más que las montañas y perderse en las grandes construcciones, conocer gente todos los días más allá de los mismos rostros que veían constantemente en el pequeño pueblo y envolverse en varias culturas. Así que cuando se reunían en casa de alguna de ellas se comportaban como si estuvieran en un departamento de una metrópoli importante y gigantesca. Oían música moderna, veían televisión, la tenían decorada con lo más tecnológico y moderno posible. Disfrutaba sus reuniones de todos los fines de semanas. Y usualmente se quedaban a dormir ahí haciendo una pijamada, pero ese día Asuka tenía que llegar a casa y tuvo que irse temprano.

No era un viaje largo a su morada y no aceptó que la acompañaran, en cambio las dejó ahí divirtiéndose y ella se marchó. Tomó el viaje más corto a su domicilio y se metió al parque que si bien no era muy noche, y aún había gente en él, siempre le había parecido tenebroso. Chiaki dijo que era por las pequeñas esculturas esparcidas en ciertos puntos específicos del parque, esculturas en honor de algunos demonios *Y?kai [1].* Se decían que era por protección ya que en esa región, cientos años atrás, en los tiempos del Japón en guerra hubo muchos avistamientos de demonios que

asustó a los pobladores y desde entonces construyeron esos monumentos para adorarlos y que los dejaran convivir en paz.

No obstante, Asuka no se sentía en paz. Usualmente evitaba el parque pero era el camino más corto y lo que quería era llegar a casa. Así que lo cruzó y fue entonces que lo vio.

Primero creyó que era una chica cualquiera parada a lado de un árbol, tal vez esperando a su novio con quien se vería a escondidas, por lo que no se preocupó y siguió adelante, pero cuando pasó cerca de ella notó algo raro.

No era una simple chica, no parecía esperar a nadie, ni siquiera parecía viva. Sólo estaba ahí parada, con los brazos y las piernas acomodadas en una posición extraña e incluso imposible físicamente, pero lo más extraño de todo. Lo que en verdad le sorprendió hasta la médula es que esa chica parada a lado del árbol, era Asuka misma.

No alguien que se le parecía o quisiera imitarla, sino ella misma.

Asuka así lo sintió y así lo expresó todo el tiempo que platicó ese encuentro a sus amigas. La chica del árbol tenía la misma complexión, el mismo cabello, la misma ropa inclusive la misma cicatriz en el dedo meñique que se había hecho cuando era niña.

No era una imitación, era Asuka, lo sentía en todo su ser, era como cuando uno ve una fotografía de uno mismo, o se mira al espejo, o se ve en alguna videograbación y se sabe que es uno, inclusive cuando

ni siquiera se enteró que le tomaron esa fotografía o lo grabaron en video.

Era ella y eso la aterró.

Asuka no esperó más, no quiso platicar con ella, sólo salió corriendo y no paró hasta llegar a su vivienda, ahí se encerró en su cuarto y se llenó de miedo.

Al día siguiente, en la escuela se lo comentó a las chicas y todas quisieron ir al parque a verificar. Asuka no quiso, tenía miedo, pero ellas insistieron, por lo que la chica aceptó con recelo.

Les indicó el camino y las llevó por el parque hacia el árbol.

Y efectivamente ahí estaba.

No parecía haberse movido, lucía como una estatua, la misma posición extraña de brazos y piernas; la misma expresión fría de la cara; lo mismo, excepto que ahora portaba el uniforme de la escuela y era como verla al espejo.

—Soy yo—dijo Asuka y le tembló la voz.

Las chicas creyeron que mentía, pero no. Ahí estaba, estuvo toda la noche y toda la mañana. No se movió, pero de alguna manera se cambió de ropa.

Chiaki llena de curiosidad se acercó a ella, estaba convencida que era una estatua o algo parecido ya que no se movía, pero cuando le acercó la mano a la nariz pudo sentir la exhalación de su respirar y sintió un escalofrío que la recorrió todo el cuerpo.

—¡Está viva!—gritó.

Las chicas se espantaron pero aún así la enfrentaron. Se aglomeraron alrededor de ella y empezaron a atosigarla.

¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes? ¿Qué traes contra Asuka?

Pero la chica no hizo nada, ni siquiera se movió. Sólo permaneció ahí para recibir reclamos que se tornaron gritos e insultos, hasta que Asuka le dio un golpe.

Y Asuka gritó espantada.

—¿Qué pasó?

Asuka no se supo explicar, no estaba dura, su piel era normal, pudo sentir la carne, y el hueso debajo de ella, pero haberla golpeado le dio una sensación de pegarse a ella misma y ese sentimiento le hizo gritar y salir corriendo. Se fue tan desesperada que las demás chicas abandonaron a la doble y se alejaron de ahí lo más rápido posible.

Asuka no volvió al parque, en cambio las demás jovencitas sí regresaron y la chica siempre estaba ahí, inamovible, sin ninguna expresión, sólo le cambiaba la ropa y dependía de cuál usaba Asuka en ese momento, ya que no era una doble, era ella misma.

A partir de ahí Asuka comenzó a cambiar, se enfermó, se volvió callada y en su piel se esfumó el color, incluso sus cabellos perdieron textura. Sus amigas trataron de ayudarla, le jugaron bromas, le decían que no era de

importancia, intentaron hacerla reír, pero Asuka ya no era la misma, tenía una depresión enorme o un miedo espantoso.

Entonces se distanció de todos y un día se negó a salir de casa. Las demás chicas la visitaron en su hogar, hasta los chicos del salón y de otros grados fueron a verla por su popularidad, pero Asuka nunca quiso salir y ya no regresó a la escuela.

Pero en cambio la Asuka del parque cada vez lucía mejor, seguía sin moverse pero lucía mejor, su piel tenía más color, su cabello más volumen, sus labios más rojos y el brillo en los ojos era más potente hasta que le agradó a todo mundo. Era como si se hubieran enamorado de ella. Ya nadie le reclamaba, ni le pedía ninguna explicación, sólo iban a verla y admirarla porque la Asuka del parque cada día era más hermosa. Su belleza crecía a pasos agigantados y todos querían una parte de ella. Nadie estaba exento de su belleza, los había cautivado a todos, hasta niños y ancianos. Era el ser más perfecto que jamás había vivido en la región y la llenaron de adornos y regalos.

Pero a Chiaki le asustaba, si bien podía ver su belleza, la expresión de sus ojos era tan fría que le provocaba escalofríos y la depresión de su amiga le preocupaba por lo que mientras los demás iban a adorar a la Asuka del parque, Chiaki visitaba constantemente a la Asuka real preguntando siempre por su salud.

Hasta que una semana después la dejaron entrar.

Era de noche, las luces estaban apagadas y sólo veía las siluetas de sus padres deambular por la casa.

—Hola, Chiaki—le dijo el señor Akiyama, padre de Asuka. Le pidió disculpas, pero Asuka no quería recibir visitas. Era imperativo que no dejaran entrar a nadie y tenían miedo de su salud—. Pero ya no podemos hacer nada—agregaron.

Chiaki sentía que había algo raro, pero no decía nada. Lo escuchaba en su voz, en sus movimientos.

El padre de Asuka sólo se paseaba de un lado a otro en el pasillo que sólo veía una silueta, y Matsuko, la madre, estaba sentada en la sala, sin decir nada.

—Asuka está en su cuarto—dijo el hombre—. No ha querido salir desde ese día. Le dejamos la comida en el suelo; le ponemos envases cuando quiere ir al baño y los entrega usados cuando ha terminado—caminó del pasillo a la sala y se acercó a su mujer para darle un beso—. No se ha bañado y el olor apesta en toda la casa. Pero la puerta está abierta, puedes entrar si quieres. Nosotros ya no podemos verla. Ya no tenemos nada que hacer—y el hombre se sentó a lado de su esposa y Chiaki escuchó algo extraño, como un tronido.

Llamó al señor, pero éste no respondió. Intentó de nuevo, pero no recibió nada de su parte, así que caminó a la sala donde estaban ambos padres sentados.

—¿Akiyama-san?—preguntó, pero nada, sólo el silencio. Así que Chiaki prendió las luces para verlos bien y fue ahí que notó que los dos estaban colgados en la sala. Ambos tenían destrozados los cuellos y los cuerpos doblados parecían como si estuvieran sentados. La mujer hacía tiempo que había muerto pero el hombre

se había suicidado justo en ese instante.

Chiaki sorprendida se hizo para atrás, dobló las rodillas y cayó al suelo.

En ese momento escuchó un grito que la llamaba por su nombre:

—¡Chiaki!—era una voz extraña, tan contraída como gruesa que le puso la dermis de gallina.

Provenía de la habitación de Asuka.

Tenía miedo de ir a ella, pero el grito continuó y la llamada se hizo tan insistente que Chiaki comenzó a arrastrarse hacia la recámara, llena de miedo, pero con más terror de negarse a obedecer que otra cosa.

Entonces abrió la puerta.

Las luces estaban apagadas, sólo entraba un poco de iridiscencia lunar, lo que le dejaba ver un poco: había basura esparcida por todo el cuarto, la cama estaba tirada, el colchón doblado en una esquina, insectos varios como cucarachas y moscas corrían y volaban por todos lados, se sentía el hedor a orín, estiércol y menstruación a cada paso. Había polvo en todas partes, la ropa tirada, hecha jirones. Era un chiquero, un completo basurero.

Asuka no parecía estar ahí, ni tirada en el suelo, ni escondida en el piso, ni metida en el armario. Simplemente no se le veía por ningún lado. Pero estaba ahí, Chiaki lo sabía, estuvo ahí todo ese tiempo.

—¡Chiaki!—escuchó su gruesa voz y ella supo que veía

de adentro, justo de la habitación, pero de arriba, siempre vino de arriba. Así que Chiaki subió la cabeza y encontró a su mejor amiga pegada de espaldas en el techo de la habitación.

Su pijama estaba negro de tan sucia, roto por dondequiera; sus cabellos lucían quebrados, sin color, despeinados horrendamente; y su piel de un blanco imposible, seca, con cuarteaduras y agujeros a cada centímetro, sin vida, resequedad absoluta y escalofriante.

Y sus ojos…

Abiertos y grandes, de color lechoso, pero hinchados de sangre, sin córnea, con una mirada de odio como Gog y Magog a punto de destruirnos a todos.

Chiaki la vio, gritó llena de terror y quiso salir corriendo, pero Asuka movió la cabeza estirando el cuello forzándolo de una manera tal que tronaban cada uno de los huesos como un estruendo.

Cuando Chiaki dio un paso para atrás al intentar alejarse de ahí, Asuka sonriendo y abriendo las fauces como un demonio empezó a moverse igualmente. Siempre de espaldas por todo el techo, a la esquina y de ahí bajar por el muro hasta arrastrase por el piso, cada vez más rápido con movimientos extraños y físicamente irreales.

—¡Chiaki!—gritó Asuka y velozmente se abalanzó contra ella doblándose por el suelo, de espaldas, como un insectos poseído.

Chiaki se alejó como pudo tomando fuerzas de donde

no sabía que había, le aventó lo que encontró a su paso y lo usó como arma mientras la perseguía por toda la casa, siempre gritando, siempre moviéndose extrañamente, siempre con odio.

Finalmente, sin saber cómo, Chiaki pudo escapar y salió a la calle donde se perdió entre las callejuelas. Asuka no salió a perseguirla, se quedó ahí en casa y Chiaki pudo llegar a la suya donde permaneció encerrada un par de días, llena de miedo y sin poder hablar.

No sabía si le creerían y ni siquiera sabía si lo que había visto era cierto.

Fue hasta que la visitó Yumi, otra de las chicas del grupo, que pensó que todo había sido un sueño. Nada había ocurrido, sólo una pesadilla.

—¿Y la Asuka del parque?—preguntó.

—¿Cuál Asuka, cuál parque?—le dijo. Yumi no recordaba nada, nunca había habido ninguna Asuka en ningún parque. Es más, nunca había habido ninguna Asuka.

—¿Qué?—dijo Chiaki sorprendida.

—¿Quién es Asuka?

Chiaki le explicó todo lo que pudo, le habló de su infancia, de cómo tenían pretendientes en la escuela; le habló del parque, de su doble, de cómo la habían visitado y de cuando salió corriendo asustada después de golpearla. Pero Yumi no lo recordaba, en lo que a ella se refería, Asuka nunca había existido. Incluso la casa donde Chiaki afirmaba que vivía estaba derruida.

Era sólo unas ruinas de una casa vieja que quizá se había construido hacía más de un siglo. Todos los demás coincidían en ello. Los maestros, amigos de la escuela, sus propios padres: Asuka no existía, nunca lo había hecho. Era sólo una amiga imaginaria, un sueño, una ilusión.

Fue tanta la insistencia que Chiaki se convenció de ello y pensó que lo había soñado, era un sueño tan real que no pudo distinguir entre la realidad y la fantasía, así que regresó a la escuela y a su vida cotidiana.

Hasta que una semana más tarde, Yumi se topó consigo misma en una calle, a una cuadra de su casa; parada, sin hacer o decir nada, sólo ahí, con los brazos y las piernas en una posición incómoda y confusa. Sin ninguna expresión, con la misma ropa y exactamente la misma persona. Yumi se llenó de miedo.

A los tres días, Sanosuke, un amigo de ellas se encontró a sí mismo en la esquina de un restaurante. Saori se vio a la entrada del pueblo. Sayumi a las faldas de la montaña y Yuriko afuera de una veterinaria.

Poco a poco todo mundo comenzó a verse a sí mismos en todos lados. Y los seres llenaron todo el pueblo. Aparecían a cada rato en todas partes, siempre callados, estáticos, en extrañas posiciones, sin decir nada, sin responder a ninguna pregunta y sin poder deshacerse de ellos. Eran cientos, y todos eran reales, no dobles, eran ellos. La gente se veía a sí mismo, sin ninguna excusa. Los mismos rasgos, hasta el mínimo detalle, era exactos.

Chiaki les gritó a todos que no era un sueño, que ya lo había visto, que tenían que detenerlos y ella intentó

hacerlo, incluso prendiendo fuego al doble de Hiroshi, una de sus amigas, pero fue detenida y obligada a marcharse. No la quisieron escuchar a pesar de sus gritos, pero lo que en verdad le asustó fue cuando a Hiroshi le apareció una quemadura en la cara, justo en el mismo lugar donde Chiaki había quemado a su doble.

Nadie podía defenderse, los seres repetidos estaban esparcidos por todo el pueblo, rígidos, imposible de deshacerse de ellos, y más que nada parecían más fuertes, por lo que aterró a todos e impactados se negaron a salir de sus casas. Se encerraron y perdieron comunicación entre ellos, no se hablaban entre sí, ya no se les veía en las calles y sólo se apreciaba a los seres dobles los cuales empezaron a tener más enérgicos, a lucir mejores, con más fuerza, más belleza y más saludables.

Hasta que todo en el pueblo cambió.

Todos sus habitantes se pudrieron y perdieron fuerza.

Chiaki veía como su propia familia se descomponían paulatinamente. Ella trató de advertirles. Quiso convencerlos de que se marcharan, pero no la oyeron. Los dobles de sus padres y de su hermano estaban parados ahí afuera de sus casas. Sin moverse ni hacer nada, pero cada día luciendo mejor.

Su hermano fue el primero que se negó a salir del cuarto, luego su madre, y al final su padre. Chiaki los alimentaba dejándoles comida en el suelo. La cual ellos recogían para depositar el plato vacío más tarde. Chiaki, cada vez que metía los platos, al ver sus manos que se arrastraban para alimentarse como animales,

apreciaba que el color de sus pieles era cada vez más blanco, con arrugas y resequedad, incluso con agujeros purulentos.

Quiso ayudarlos, habló a la policía, al no recibir respuesta, salió a la calle para buscar al médico, pero nadie le hizo caso. Todos estaban encerrados en sus hogares, en condiciones similares, podridos, tornándose criaturas extrañas que se arrastraban por las paredes escupiendo sonidos guturales de sus fauces.

Regresó a casa con miedo, sin saber qué hacer. Los seres dobles estaban por todo el pueblo, ahí parados, luciendo hermosos y llenos de vida. Chiaki tenía miedo de caminar entre ellos, deseaba evitarlos pero eran tantos que le fue imposible, los había por todos lados, no encontraba ni una sola calle que estuviera vacía. Los dobles habían tomado posesión del pueblo, absolutamente.

Oyó la voz.

—¡Sólo faltas tú!—atendió pero no pudo saber de dónde provenía el sonido, era como si se escuchara por todas partes y a la vez en ninguna. Era una sola voz y al mismo tiempo una mezcla de cientos. Y se percibía constantemente, repitiéndose una y otra vez.

Chiaki sin saber qué hacer y sin poder pedir ayuda regresó a casa, pero a cada paso sonaba la misma frase dicha de una forma cada vez más espeluznante que la anterior.

Tenía miedo de avanzar, parecía que la voz sonaba más fuerte, pero si se quedaba ahí no sabría lo que podría pasarle, entonces sintió algo por arriba de su hombro,

como una presencia, o una entidad extraña que la observaba.

Giró la cabeza y miró a uno de los dobles, parado a unos cuantos centímetros de ella. Sintió que algo recorría su piel, un frío que caminaba desde sus pies hasta lo más dentro de su columna vertebral.

Chiaki tragó saliva y lentamente se acercó al ser. Lo reconocía, era el doble de Kazuo, un profesor de su escuela. Hacía tiempo que no sabía de él, sintió curiosidad. Presentía algo con respecto a él. Sabía que no se movía, ningún doble lo había hecho hasta ese momento, pero había algo que le hizo aproximarse a él y observar sus ojos.

Kazuo—o su doble exacto—estaba rígido, los brazos los tenía arqueados hacia atrás, la mano izquierda abajo, cerca de la cintura con los dedos retorcidos en distintas y contrastes posiciones, con las falanges reventadas y los dedos hacia atrás. La parte derecha sobresalía por arriba de su cabeza, con un doblez de codo imposible de 90° hacia atrás. Y las piernas inamovibles como enterradas en el suelo. Siempre rígido, inmóvil.

Chiaki lentamente se acercó a él y notó lo suave de su piel, no parecía tener 45 años, lucía más joven, más saludable, como nunca lo había visto.

Trago saliva una vez más y levantó su mano para tocarle la cara, en verdad algo en él le llamaba la atención por sobre todo. Lentamente estiró el dedo índice y casi tocó su mejilla, casi…

Justo en ese momento Kazuo parpadeó y Chiaki sobresaltada se arrojó hacia atrás.

Cayó sentada al piso y cuando se reincorporó observó que tres dobles más tenían la mirada puesta en ella. De hecho escuchó claramente que los demás seres repetidos, a unos cuantos metros a lo lejos, volteaban la mirada hacia ella. Todos la observaban. Y el grito reventó en el aire.

—¡Sólo faltas tú!—se oyó. Chiaki lo entendió perfectamente, esa voz era una mezcla de gritos de todos los dobles esparcidos por el pueblo, de todos y cada uno de ellos.

Chiaki se levantó enseguida y comenzó a correr. Pero los dobles estaban en todas partes, no había calle sin un grupo, no tenía escapatoria y todos los dobles, la veían pasar sin perderla de vista. No se movían, ni siquiera un centímetro, pero su presencia era tal que sentía sus miradas como algo físico, como un manto que pesaba varias toneladas y le caía justo en la espalda.

Corrió tan rápido como pudo hasta que llegó a casa, se metió y se encerró de golpe. No podía respirar siquiera, tenía ganas de llorar, pero el cansancio no la dejaba. Sólo se quedó ahí intentando tomar aire, respirando aceleradamente.

—¡Sólo faltas tú! —escuchó arriba de ella e instintivamente subió la cabeza.

Su padre, su madre y su hermano estaban en el techo, apretados el uno al otro, con los brazos torcidos, rotos, entrelazados entre ellos, junto con las piernas, los cuellos y los cabellos. Eran como una masa de carne y huesos con largos cabellos quebrados, piel podrida y

hecha trizas.

Chiaki gritó y su bramido se escuchó en todo el pueblo.

Cuando terminó el relato me dijo que no sabía si se había desmayado, si fue rescatada o no, lo único que recordaba es que estaba en el auto de la familia, a varios kilómetros de su casa. No sabía cómo había llegado ahí. Y por momentos pensó que todo había sido un sueño. Se sentía tan extraña que no entendía lo que pasaba.

Fue a la estación más cerca que halló, pidió un teléfono y desde ahí marcó a su casa, pero nadie le contestó. Les habló a unos vecinos, amigos y familiares pero nadie respondió la llamada. Intentó con operador pero le dijeron que no conocían el código del pueblo. De hecho nunca habían conocido dicho pueblo.

—Y si viajas allá—agregó—, verás que no existe. No hay camino, no hay casas, no hay ninguna construcción que te lleve, ni siquiera paso de terracería. El pueblo no existe. Es sólo parte de la montaña con árboles, tierra, piedras, sin muestra alguna de civilización.

»No tengo casa.

Se calló y vimos por la ventana que comenzaba a amanecer, aún faltaban un par de horas para que llegáramos a Viena, pero ya estábamos cerca. Estiramos las piernas y fuimos a ver si la cafetería ya estaba abierta otra vez. Tan pronto lo estuvo tomamos una copa, ella un café, yo un jugo.

Cuando arribamos a la estación de Viena le comenté que a pesar de que era mi segunda vez en esa ciudad,

en verdad no la conocía. La había visitado hacía 18 años y sólo por un par de días. Ella en cambio la conocía lo suficiente para moverse y decidimos viajar juntos.

En la estación fuimos al apartado de ayuda al turista y ahí reservamos un hotel. Tomamos el metro y en menos de media hora llegamos a él. Pedimos sólo una habitación y dormimos toda la mañana para descansar del viaje.

Para la tarde que nos despertamos salimos a visitar Viena por varios días. Fuimos a la Iglesia de san Carlos Borrome, al Teatro imperial de la corte, al Palacio y jardines de Schönbrunn, al museo Kunsthistorisches, a la iglesia Votiva, a la ópera estatal y demás lugares.

Un buen día cuando me desperté no la hallé en la cama. La busqué en el cuarto pero no estaba su maleta. Me puse los zapatos y bajé a recepción donde me informaron que había cerrado su cuenta muy temprano en la mañana y se había marchado.

—Le dejó un mensaje—me aclaró el hombre y extendió un sobre. Lo leí ahí mismo en la recepción. Era una carta de dos páginas, en español, pedía perdón por su súbita ida, pero me explicaba que no podía echar raíces. No estaba muy segura de lo que pasaría si así fuera, pero lo sentía, dentro de sí lo sentía. No le gustaban las despedidas y quizá podría aceptar seguir viajado conmigo por lo que prefería irse así, sin despedirse. Pero no del todo. Me dejó su dirección de correo electrónico, una cuenta de redes sociales y quedó fervientemente en seguir el contacto, pero a larga distancia. *Quizá sea mejor así*, concluyó.

Me pidió que no la buscara y decidí aceptar su indicación. Regresé al cuarto, le escribí un correo electrónico y le mandé una invitación en las redes sociales, pero no le reclamé. Si así lo había decidido estaba en su total libertad. Luego me arreglé, tomé mis cosas, cerré la cuenta en el hotel y me encaminé a la estación de trenes para continuar mi viaje hacia Bratislava, capital de Eslovaquia., a 60km de Viena.

Estuve en comunicación con ella durante todo el viaje. Nos escribimos regularmente y algunas veces chateamos. Incluso cuando concluyó mi viaje y tuve que regresar a México la conversación se extendió. Ella seguía viajando por todos lados, hacía trabajos esporádicos para conseguir dinero y tenía un empleo en línea lo que le daba oportunidad de no pertenecer a ningún lado en específico.

—No puedo echar raíces—decía—. Si lo hago, sé que se repetirá. Porque verás—agregó—. La sensación me sigue a cada instante, esa presencia de todos y de ninguno al mismo tiempo, siempre está ahí. Y si echo raíces, me atraparán, porque sólo falto yo, yo de todo el pueblo.

»Y cuando permanezca más de una semana en un mismo lugar, ya sea en una esquina por ahí cerca, en alguna estación de metro, a orillas de un lago, sea donde sea, un día me toparé conmigo misma y sabré que todo habrá acabado.

»Y el recuerdo de Asuka, de mi familia, amigos, vecinos y de todos aquellos que conocí se esfumarán en un horripilante sino que me destruirá en un asqueroso y podrido oblivion eterno.

—Comprendo—escribí en el chat y continuamos la conversación. Aún hace dos semanas chateé con ella. Estaba en la India. Tenía un par de días ahí y aún no sabía a dónde irá ni si continuará su viaje. Me dijo que ya está cansada, tantos años viviendo así, sin establecerse en ninguna parte, la había atormentado, en verdad no sabía que haría pero haría algo y terminó diciendo que no la olvide, que pase lo que pase no la olvide, porque si es así, si un día me despierto y no la recuerdo, es que todo habrá acabado.

—Escribe sobre mí—me pidió de favor y así lo hago, me guío del historial de chat de las redes sociales, del diario que escribí durante todo mi viaje y edito diversas partes de los correos para unir todo el relato, porque en realidad no sé ni quién sea ella, sólo sé que está ahí en mi computadora, en el historial de la red, en algún dibujo a lápiz, pero nada más. Y por más que intento acordarme y leo el cuento una y otra vez, su rostro no viene a mi mente y quizá jamás lo haga.

Es sólo un sueño, un delirio, sólo una ilusión y… nada más.

Capítulo 2Lo llamaban "el puente suicida" porque en él se habían suicidado no menos de 17 personas. Nadie podía decirme por qué, sólo afirmaban que por alguna extraña razón ese era el lugar preferido por los habitantes de la comunidad para cometer suicidio.

Fue en un pequeño pueblo de Polonia, a más de 500 kilómetros de Varsovia.

Yo había llegado ahí buscando algún campo de concentración.

Tenía viajando casi un mes.

Tomé de México un avión a Madrid con escala en Ámsterdam y mi intención era viajar por Europa en unas vacaciones. Visitar varios países, conocer pueblos y culturas diferentes a la mía. Y después de leer varios libros en mi juventud sobre el holocausto nazi, así como ver cientos de películas del tema, tenía ganas de visitar algún campamento de concentración judía.

Busqué en el mapa de Europa, y al reconocer que la mayoría de los campamentos de exterminio se encuentran en Polonia, decidí visitar ese país, en busca de alguno de ellos.

No deseaba ir por el morbo, ni siquiera por la curiosidad.

Sólo quería ser presente de la maldad humana.

Quizá de la maldad genética.

El ser humano es propenso a la maldad, es inherente a él, y convencido estoy desde hace muchos años que el

ser humano nace malvado por naturaleza.

Los niños son la bondad pura, había escuchado por ahí.

Pero siempre he pensando lo contrario.

Los niños no aprenden a ser malos con los años, ni por costumbre.

Los niños nacen malos por naturaleza.

Lo puedo ver en los bebés. En las criaturas de tan sólo un par de años. Veo sus miradas y puedo sentir su maldad en los corazones.

Al paso del tiempo, por enseñanzas de los padres y por aprendizaje de los valores y morales, ese niño—de maldad perversa—aprende a distinguir la bondad de la maldad. Aprende a diferenciar sus deseos más egoístas de los deseos de terceros; y puede ver el punto de vista de otras personas y entonces ya hacer lo correcto.

Cuando se es niño, no se puede hacer nada de eso.

Sólo se hace lo que se desea y en muchos de los casos no se dan cuenta del dolor que pueden crear a otras personas. Puede verse fácilmente en cómo juegan los niños, en cómo se comportan con terceros y en cómo son crueles en su vida infantil.

Y proviene quizá desde lo más profundo de su genética.

Maldad genética.

Tal vez es lo que los nazis los devoraba por dentro.

Tal vez sólo obedecían órdenes.

Sea lo que sea me ha intrigado.

Decidí visitar un campo de exterminio y observarlo por mis propios ojos.

El peor, o el mejor, por así decirlo, era Auschwitz. La representación física del exterminio judío.

Así pues tomé el *eurorail*, y así como había viajado en tren por varios países de Europa, me encarrilé hacia Cracovia para ahí tomar un bus que me llevara al memorial de Auschwitz.

La idea era arribar a Oswiecim, a 70 kilómetros al oeste de Cracovia, poco más de una hora en autobús, para ahí encontrar el emplazamiento del campo principal de Auschwitz I, y a tres kilómetros, el enorme campo Auschwitz II Birkenau.

Por lo menos esa era la idea, llegué al estación de trenes, tomé el bus y como en días anteriores había viajado en condición de mochilero y me sentía un tanto cansado del viaje, decidí pestañear un poco la hora que duraría el viaje hacia Oswiecim.

Sin embargo, cuando abrí los ojos me hallé completamente solo en el autobús.

Nadie me había despertado.

Nadie me avisó cuándo llegamos y nadie fue capaz de

advertirme nada.

Lo primero que se me ocurrió fue escupir algunas dos o tres maldiciones en español recordando mis insultos veracruzanos; y lo segundo fue bajarme del auto y recorrer el camino a pie para buscar el campo de concentración.

Cuando me bajé del autobús fruncí el ceño instintivamente ya que no recordaba haberlo visto tan viejo y oxidado. Según yo estaba casi nuevo, pero ante mí sólo se veía como un transporte antiguo y envuelto en oxido.

Quien lo viera no podría asegurar que aún funcionara.

Levanté los hombros y caminé hacia donde me llevara el camino.

Así fue como arribé a un pequeño pueblo—del cual no deseo mencionar su nombre—y descubrí que nadie sabía español y sólo unos pocos conocían el inglés.

Por sus miradas y comentarios deduje que me había perdido.

El camino que tomé—a pesar de tener un mapa, y guiarme por una brújula de mi reloj—había sido el equivocado. Y por alguna razón extraña, el error no había sido por sólo unos cuantos kilómetros; sino horas enteras de camino. Incluso días.

Y me sorprendí.

Pero si ya estaba cerca, pensé.

No entendí lo que ocurría, no sólo no estaba cerca de Oswiecim sino que no estaba muy lejos de Czerlonka una villa en el distrito administrativo de Gmina Bialowieza en el noroeste de Polonia, cerca de la frontera con Bielorrusia.

¿Qué diablos había ocurrido?

¿Cómo es posible que en una hora haya viajado más de 500 kilómetros?

Era imposible.

Estaba en medio de la nada. En un pueblo que no existía, no era Bialowieza, ni Czerlonka, ni Grudki, ni Podcerkwy, ni Teremiski, ni ninguno de ellos. Estaba cerca, pero al mismo tiempo demasiado lejos.

Caminé hacia el pueblo y sólo sentía las miradas de sus habitantes que caían sobre mí sepultándome. Era obvio que no recibían visitas y muchos de ellos se sentía invadidos.

Incluso pude sentir que se aglomeraban a mi alrededor.

Entonces entré a la taberna de la villa y me presenté en inglés.

Sólo un par de ellos me contestó y me informaron dónde estaba.

—¿Qué diablos? —escupí sobresaltado—. ¿Qué carajos estoy haciendo aquí? Yo debería estar en Oswiecim—dije. Pero los hombres sólo se rieron y me dijeron que no había manera de que pudiera salir del

pueblo, ya caía la noche y lo mejor era que durmiera en la posada. Al día siguiente podrían llevarme a Zwierzyniec y ahí tomar camino para Varsovia y luego regresar a Cracovia.

Así que pagué la noche, mostré mi pasaporte como era la costumbre y se sorprendieron aún más.

—¡México! —exclamaron—. Usualmente no recibimos visitas de tan lejos.

Era muy probable que ningún mexicano hubiera pisado sus suelos anteriormente.

Estaba esperando los comentarios obligados de los charros, pero nadie ahí sabía nada de la cultura de mi país y yo no mencioné palabra.

Me dieron la llave del cuarto y después de instalarme noté que era muy temprano para dormir. Aún no tenía sueño y apenas era la media tarde. Decidí darme una vuelta por la villa.

—No importa a dónde vaya—me dijeron—. No cruce el puente de los suicidios.

—¿Y eso qué es? —pregunté intrigado.

Pero al principio nadie quiso decir nada, se callaron como un solo hombre y después de que levantaron sus cervezas, la chica que atendía la barra se me acercó.

—Le decimos "el puente de los suicidios" porque en él más de 17 personas han perdido la vida. Por su propia mano.

»Incluso de las maneras más extrañas.

»Se han estrangulado, acuchillado, ahogado, incluso uno se desgarró la piel del rostro.

»Algo tiene ese lugar, que por alguna extraña razón es la zona predilecta para suicidarse.

No supe qué decir, sólo me quedé callado y le observé el rostro con el ceño fruncido.

Se llamaba Elka, tenía 31 años y aún no se había casado. Ni siquiera tenía pareja y me pareció extraño. Es difícil hallar una mujer de esa edad en un pueblo tan pequeño que aún no se haya casado.

Le pregunté si podría darme una visita guiada por el pueblo y aceptó.

En menos de una hora ya habíamos recorrido todo y estábamos de regreso a la taberna, cuando vislumbré un puente a sólo unos cuantos metros.

Ella notó que lo veía y quiso dar vuelta atrás, cuando la detuve.

—¿Es ese el puente de los suicidas?

—Sí—respondió—. No me gusta ir ahí… Regresemos.

Pero yo sentía curiosidad.

—La gente teme pasar por ahí, nunca se sabe a quién encontraremos.

»A veces pasan días sin que alguien se acerque ahí, y

cuando notamos que alguno de nosotros ha desaparecido, sabemos que lo encontraremos ahí.

»Hemos querido destruirlo, pero son pocos los que se atreven a acercarse, y cuando lo hacen, algo malo sucede.

—¿Cómo qué?

—Un día quisieron derruirlo y se formó un grupo de cinco hombres. Mi hermano menor, Jarek, se fue con ellos. Había perdido a su mejor amigo que se había suicidado ahí a los 12 años y le tenía un gran odio a esa maldita construcción.

»Así que se armaron de valor, tomaron picos y martillos y entonando una canción de victoria y burlas se encaminaron a él con deseos de no dejar una piedra encima de otra y regresar a casa sanos y salvos.

»Pero entonces sucedió.

»En el momento en que Jarek se acercó a él…—aquí se le quebró la voz—. Ni siquiera pudo dar un martillazo a la roca—dijo y una lágrima cruzó su rostro—. Nadie comprendió lo que pasaba. Jarek estaba lleno de vida, recién se había hecho de una novia y tenía deseos de irse a estudiar medicina a Varsovia. Pero aún así, su rostro se quedó pálido, se le cayeron los brazos a los lados, perdió las fuerzas y se dejó caer de rodillas al piso. Su espalda se encorvó y en pocos segundos sus ojos perdieron brillo.

»Los que estuvieron ahí insisten en que fue como si el deseo de vivir se le hubiera sido arrancado en un instante. Como si su alma simplemente se hubiera ido

dejando solamente un envase vacío y seco.

»Sus ojos empezaron a llorar y sin que nadie pudiera hacer nada por él, se clavó el pico en el cuello y ahí mismo se esfumó—dijo y echando un soplido al aire extendió los dedos—. Lo enterramos esa misma noche y desde entonces nadie ha intentado destruirlo.

»Nadie quiere pasar por ahí, y no dejamos que nadie se acerque.

»Vamos—insistió y regresamos a la taberna.

Su madre, Gutka, había preparado esa tarde un platillo de *kaczka z jab?kami* y me obsequiaron un poco para cenar.

—Es pato asado con manzanas—me aclaró Elka cuando vio que trataba de reconocerlo, y sonrió.

—Está delicioso—agregué y di un bocado más antes de beber un trago de vino.

Hablamos un poco esa noche, me presentó a su madre, a sus amigos y les conté un poco sobre México y les sorprendió la condición política en la que vivimos.

Después de eso, me llevaron a mi habitación.

Me sentí un poco mareado ya que usualmente no bebo pero los polacos son conocidos por saber beber y difícilmente podía aceptar un *no* como respuesta.

Así que Elka prácticamente me llevó cargando a mi habitación aunque yo tratara de mantenerme en forma.

—No te apures—dijo—, así somos aquí—y sonrió. En verdad tenía un hermoso rostro. Y una vez más me sorprendí que no estuviera casada, incluso me molestó.

No dejé de pensar en ella cuando me fui a dormir y juro que soñé con ella.

Soñé que la besaba, acariciaba su rostro y le hacía el amor.

Pude sentirlo tan palpable como la realidad misma y no podía creer que era un sueño.

Pero cuando desperté me hallé la habitación a solas y tardé un momento en darme cuenta que había sido un pasaje onírico y nada más.

Vi el reloj. Eran las 3:19, demasiado temprano.

No había señal de red por lo que no podía entrar al internet en mi pequeña *lap top* que cargaba conmigo para escribir durante el viaje. Pensé en ver una de las varias películas que tenía en ella pero no me sentía con ganas de hacerlo.

Así que decidí escribir unas cuantas líneas a la novela que estaba escribiendo y la encendí.

Quizá hube escrito un par de páginas cuando escuché unos sonidos en el pasillo.

Eran suaves, nada escandalosos pero me generaban una sensación extraña que me ponían la carne de gallina, los vellos de los brazos se me encresparon y

sentí un recorrer helado en la columna.

Me puse una chamarra rompe vientos y me eché la cobija encima.

Traté de escribir un poco más pero los sonidos no me lo permitían. No podía distinguir qué eran, no sonaban a nada en específico y me intrigaron aún más.

Apagué la computadora, salí de la cama y me vestí llamado por la curiosidad.

Giré lentamente la manija de la puerta y me asomé al pasillo.

—¿Hay alguien ahí? —susurré pero nadie me escuchó.

Entré de nuevo a mi cuarto y pensé que no debería inmiscuirme en cosas que no me competían, por lo que quise regresar a la novela. Pero sabía que no podría concentrarme.

Los sonidos se mantenían y cada vez sonaban un poco más alto, sin con ello ser molestos.

Pero entonces escuché algo que me hizo jurar que eran voces, lamentos quizá, y se escuchaban femeninos. Eran de una mujer joven y pensé en Elka, había sido la mujer más joven que había conocido en todo el día y estaba seguro que era ella.

Tal vez le ocurría algo malo y decidí salir a buscarla.

Posiblemente estaba en un cuarto contiguo ya que los lamentos no se oían muy fuertes, así que salí a buscarla.

Crucé el pasillo buscando con el oído la habitación. Hallaba una puerta y pegaba la oreja a ella para tratar de escuchar su voz; cuando no lo hacía seguía mi camino y continuaba con otra puerta.

Me extrañé cuando recorrí todas las recámaras y no pude distinguir voz alguna. Cada cuarto estaba completamente en silencio y la voz no provenía de ninguno de ellos.

Quizá abajo, pensé y bajé las escaleras.

En silencio y guiándome por mis oídos me encontré en la barra de la posada y estaba en la más completa oscuridad.

No podía creer que los sonidos vinieran de la calle, pero por momentos lo pensé.

Dudé sobre si salir a buscarla allá afuera o regresar a mi habitación.

Salir de noche en una villa desconocida quizá era muy arriesgado pensé, pero al mismo tiempo me tranquilizaba diciendo que por lo que había visto en el día y por lo que conocí de sus habitantes, era una villa muy tranquila, la cual no daba muestras de violencia sino de seguridad total.

Así que abrí la puerta y hallé una fuerte neblina que atravesaba la atmósfera y todo lo envolvía como una pesadilla. Tuve miedo y quise cerrar la puerta, cuando entonces la descubrí.

A lo lejos, y en medio de la bruma, a mitad de la calle,

noté una figura femenina con un camisón tan delgado que lograba resaltar su esbelta figura como una silueta.

Era Elka.

Así que caminé hacia ella, y cuando me acerqué le entregué mi chamarra para protegerla del clima.

—Tenemos que regresar—le dije—. Hace demasiado frío.

Pero su rostro estaba pálido, con una mirada tan inexpresiva que dudé que me hubiera escuchado.

No le dije nada más y abrazándola la encaminé a la posada.

Al principio su caminar fue lento, sumiso y obedecía cada paso que yo daba, pero cuando estábamos a una micra de la puerta, escupió un quejido suave y se transformó en llanto.

Me detuve, observé su rostro y dos lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Qué tienes? —le pregunté intrigado.

—Me siento muy sola—dijo.

—No estás sola, yo estoy contigo.

—No, no lo estás—y lloró—. No tengo amigos, nunca tendré hijos. Soy estéril y nadie quiere casarse conmigo. No tengo estudios, sólo soy un ser más en este mundo. Una estadística y nada más.

Recién la había conocido, no sabía mucho de ella, pero lo poco que sabía me había agradado. A veces se necesita tratar a una persona por varios años para conocerla; otras veces con sólo unos días; pero unas cuantas horas, no estaba seguro de ello.

Nadie me esperaba en México, yo mismo no tenía novia.

Mi trabajo está en mi computadora, no tengo una oficina y escribo a distancia. Diablos, hasta mi programa de radio lo puedo hacer desde lejos.

Era tan hermosa que me sentía encantado, y por un instante pensé estar con ella.

Dejar todo y estar con ella.

Pero antes de decirle algo se dio la vuelta y salió corriendo desaforadamente.

—¡Elka! —le grité y corrí detrás de ella.

La bruma nos envolvía con fuerza y ella me llevaba ventaja, no podía distinguir por dónde iba. Cuando creía alcanzarla la escuchaba por otro lado.

—¡Elka! —grité su nombre repetidas veces y corrí por todo el pueblo siguiendo sus lamentos de un lado a otro sin saber a dónde ir, sin poder alcanzarla o sin siquiera saber dónde estaba yo.

La villa que hacía unas horas había recorrido en menos de una hora, en ese momento lucía enorme. Llegaba a una calle y la encontraba gigante, la cruzaba y me

topaba con otra que jamás había visto. Y el pueblo crecía cada vez más y más y no podía encontrarla.

Sólo escuchaba sus gritos y su llorar se clavaba en mi pecho con un dolor tan desgarrador como un cuchillo.

—¡No estás sola! —le gritaba, pero no parecía oírme.

Tenía miedo de perderla, y más que nada tenía miedo del puente.

Recordé la historia de su hermano Jarek y me sentía aterrado; porque esa mirada que habían descrito de él cuando pisó el puente, esa expresión fría y vacía, ese cuerpo encorvado que tienen los muertos cuando se les erradica el alma, era justo la imagen de Elka cuando comenzó a llorar.

Corrí por todo el pueblo y la busqué como un desesperado.

Evitaba el puente, no quería cruzar por ahí y deseaba con toda mi alma que ella no se dirigiera en esa dirección.

—¡Elka! —estallaba y mis chillidos rebotaban en las calles empedradas como tambores de guerra.

Y entonces lo encontré.

De pronto la bruma se abrió ante mis ojos y el puente apareció como por arte de magia.

La construcción enorme y poderosa surgió ante mí como una figura maldita, casi evocada por el mismo diablo.

Era hermoso, imponente. De arquitectura gótica, con una longitud de 250 metros, más o menos. Un ancho de 7 metros. Apoyado en unos 10 arcos, quizá. Con dos torres distribuidas entre sus cabeceras, y 20 estatuas situadas a ambos lados del mismo, con un estilo barroco y un realismo tan impresionante como mágico.

Su belleza me llamaba y era como si las mismas estatuas me hablaran e invitaran a cruzarlo.

Por un momento, ante majestuosa hermosura, me olvidé de ella, y permanecí ahí parado admirándolo como un idiota quizá por 10 minutos.

Era como si la belleza de semejante arquitectura me quitara cualquier deseo de hacer algo; como si ya no tuviera vida propia y sólo deseara contemplarlo. Podía sentir cómo olvidaba todo a mi alrededor, como mis recuerdos se esfumaban, y abandonaban mi cuerpo, mi mente y mi corazón.

El pasado ya no importaba.

Quién era, qué era o para qué había nacido ya no era más.

Sólo el puente.

Únicamente me importaba la belleza del puente y me lisonjeaba a cruzarlo, convivir con él, y con un demonio, vivir ahí, entre sus piedras y quizá convertirme en parte de él. ¡Ser una maldita roca!

Violentamente un palo cruzó el aire y se reventó en mi frente dejándome inconsciente.

Cuando abrí los ojos me encontré una vez más en mi habitación.

Por un momento creí que todo había un sueño pero me dolía la cabeza.

Me quejé un poco y me hallé a Gutka que me acercó un poco de tela mojada y me la colocó en la frente.

—Perdona a Józef—agregó en un torpe inglés—. No quiso hacerte daño.

—¿Józef? —pregunté intrigado—. ¿Qué pasó?

—Anoche te encontró en el puente—colocó un ungüento en mi frente y me acercó un poco de agua. La bebí—. Dice que tenías la mirada de asombro que suelen tener los que ven el puente por primera vez. Justo antes de que se convirtiera en un vacío absoluto.

»Te golpeó y dejó inconsciente antes de que tu alma se esfumara.

»Te trajo aquí para salvarte la vida. Me pidió que te dijera que le perdonaras por el golpe, pero era lo más rápido para alejarte de ahí.

No supe qué contestar, así que sólo dije: "no hay problema".

Bebí un poco más de agua cuando me acordé de ella.

—¿Y Elka? ¿La encontraron?

—¿Elka?

—Sí, ¿dónde está? —pregunté y eché un grito—: ¡Elka!

Pero Elka no entró.

Y no la vi en todo el día.

Nadie quiso decirme nada.

Yo estaba dispuesto a hacerlo, dejar mi vida pasada y permanecer ahí con ella. Algo tenía, algo muy profundo. Estaba seguro que no necesitaba de mucho tiempo para conocerla. Lo poco que la había tratado era suficiente.

Quería quedarme ahí, tratarla más tiempo y unirme a ella, quizá para siempre.

Pero Elka no apareció.

Ante mis gritos desaforados llamándola, Gutka me obligó a callarme y así lo hicieron los demás.

—Ya no digas nada—me ordenaron—. Lo mejor es que te vayas. No deseamos correrte—dijo Gutka—. Lo hacemos por tu bien, es mejor que te marches.

Insistí un poco más, no deseaba irme. Sólo quería quedarme ahí. Buscarla por todo el pueblo y hacerle el amor. No me importaba si era estéril o no, sólo me importaba ella. Pero nadie me escuchó.

—Vamos—señaló Józef—te llevaré a Zwierzyniec, ahí podrás tomar el tren.

Quise suplicar un poco más pero me calló con la

mirada.

Sin fuerzas y sin poder hacer nada más, le obedecí.

Me despedí de Gutka y de los demás y me subí al auto.

Durante todo el camino no hablamos. Algo tenía en la mirada que lo decía todo.

Trataba de preguntarle pero no tenía caso.

Dentro de mí lo sabía. No quería decirlo pero lo sabía.

Porque justo antes de que Józef me golpeara, por un instante, menos de un segundo, vislumbré el cuerpo de Elka que caía del puente, desplomado por unos de los arcos hacia el río.

Me dejó enfrente de la estación y trató de prestarme un poco de dinero.

—Estoy bien—dije—, tengo el viaje cubierto con *eurorail*.

Me despedí de él de un apretón de manos, le dije que se cuidara y le agradecí sus atenciones.

Se subió a su auto y al darle yo la espalda, susurré:

—Pude…

—Sí, lo sé—expresó y ninguno de los dos agregó una frase más.

Se marchó y yo tomé el tren a Varsovia, al llegar ahí me olvidé de Auschwitz y preferí seguir de largo a la

república Checa. Me hospedé en Praga, en un albergue para viajeros y dos días después visité el campamento de concentración de Theresienstadt en la población de Terezín.

Ahí se habían encerrado numerosos judíos procedentes de Checoslovaquia; alrededor de los 144.000 judíos que pasaron por ahí, unos 40.000 procedían de Alemania, 15.000, de Austria; 5.000, de los Países Bajos; unos 300 de Luxemburgo y 500 judíos de Dinamarca, así como también otros procedentes de Eslovaquia y Hungría. Alrededor de la cuarta parte de los deportados—aproximadamente unos 33.000—murieron en el campo de concentración por las malas condiciones: el hambre y las enfermedades. Unas 88.000 personas fueron trasladadas de ahí hacia Auschwitz y a otros campos de exterminio.

Cuando terminó la guerra, sólo se encontraron 17.247 supervivientes.

Fue una época de dolor y sufrimiento.

Muchos de ellos murieron, y otros más se suicidaron.

Las razones eran diferentes, lo que habíamos vivido era muy distinto, incomparable. Pero el sentir que pude haber vivido con ella y darle un poco de luz a su vida, y envolvernos en felicidad infinita me hacía sentir vacío, tan vacío, quizá como el llanto de un judío en un campo de concentración.

Capítulo 3

—Vive en mi casa—me dijo Miguel muy asustado—. Me vigila constantemente, no me deja solo y espera el momento exacto para matarme.

Me dieron miedo sus comentarios y no sabía qué decirle, era sólo un niño que no levantaba un palmo del suelo y nunca había lidiado con alguien así anteriormente. Lo que más me extrañaba es que cuando lo conocí era un niño alegre, simpático, divertido y le gustaba jugar todo el tiempo, decir chistes y jugarles bromas a todos pero de manera blanca, sin daños a terceros. Era agradable, amable y lucía lleno de bondad. Sin embargo con el tiempo todo eso se había perdido.

Ambos vivíamos en la factoría de PEMEX, en Nanchital, Veracruz. Un buen lugar para vivir ya que al ser una colonia cerrada vivíamos en la total libertad. Podíamos jugar hasta la medianoche sin temor a perdernos, nunca se había escuchado de un robo en ningún hogar, y de hecho jamás tuvimos llaves de nuestras casas ya que todo era tan seguro que las viviendas se mantenían abiertas las 24 horas del día.

Vivíamos a salvo y sin ninguna preocupación en el horizonte.

O por lo menos eso creía yo hasta el día que lo hallé muy nervioso mirando fijamente la pared.

Ese día había pasado a su casa como lo hacía de vez en cuando, entré por la puerta de la cocina sin avisar y me encaminé a su recámara como si fuera la mía. Abrí la puerta y lo vi observando fijamente el muro sin decir o

hacer nada. Parecía una estatua, una escultura que ni siquiera respiraba. Sólo veía una mancha en la pared con una mirada de sorpresa y de intriga combinada.

—¿Qué pasa?—le pregunté.

Tardó un par de minutos en darse cuenta que estaba ahí y de hecho tuve que manotear en el aire para que se enterara.

—¿Qué pasa?, te digo.

Giró la cabeza levemente y con el dedo índice señaló el muro. Le vi una expresión tan extraña que enseguida volteé la cabeza y observé la mancha muy sorprendido. Al principio no le encontré forma, era una simple suciedad en la pared que no parecía nada. Sin chiste, sin perfil. Pero a medida que más la observaba una ligera forma comenzaba a resurgir, lentamente, como si el tiempo avanzara extremadamente lento. Entrecerré la mirada llamado por la suciedad y poco a poco comencé a notar una imagen familiar.

—¿Ves los ojos?—preguntó, y sin desearlo asentí. No podía negarlo, en la suciedad, entre la textura del muro, la iluminación y las ligeras rasgaduras de la pared podía apreciarse dos extraños ojos.

—Sí—dije.

—Me está viendo.

—¿Quién?

—Él—dijo y se abalanzó contra el muro dando una patada y dejando la huella de su zapato entre la figura

humana.

Luego sonrió y regresó a su estado normal como si no hubiera pasado nada. Yo le seguí la corriente y jugamos media tarde antes de irme a casa.

Al llegar me encontré a mi madre leyendo un libro de medicina ya que era la directora del hospital de Nanchital, y le pregunté sobre lo que había visto.

—Eran dos ojos, ma—dije—, y nos miraban fijamente.

—Se llama Pareidolia—afirmó con seguridad—. Es un fenómeno psicológico en el que una imagen es percibida erróneamente como una forma reconocible. Si ves las nubes al rato notarás que tienen forma reconocida, algún animal, un rostro, un juguete, algo que ya conoces. Pero eso lo hace tu cerebro, no es que sea algo real.

»No eran dos ojos, era sólo la apariencia de dos ojos, ¿entiendes?—dijo y me quedé más tranquilo.

Pero Miguel no.

—Es un truco de tu mente—le intenté explicar cuando lo vi asustado—. No hay nadie, sólo es la apariencia de alguien—dije tratando de repetir las palabras de mi madre sonando lo más adulto posible, pero Miguel no me hizo caso.

—Ven—agregó y me llevó a su habitación—. Mira—señaló la mancha de su zapato en el muro. Y me pareció raro. Recordaba la huella del zapato y podía asegurar que cuando colocó el pie en el muro cubrió de lleno la mirada de la figura en la pared. Sin embargo,

los ojos estaban cinco centímetros más a la derecha, como si se hubiera movido.

—Yo lo pateé—dijo—, lo cubrí. Y ahí están.

—No puede ser, a lo mejor fallaste y no nos dimos cuenta.

—Te juro que lo pateé.

—Pero míralo, está a sólo unos centímetros. A lo mejor fue tan rápido, y como nos fuimos corriendo para jugar no nos dimos cuenta.

—Sí, puede ser—respondió pero no se convenció del todo.

—Bueno, para que estés más tranquilo vamos a lavarlo—afirmé. Fuimos por una cubeta que llenamos de agua enjabonada y con un trapo lavamos la mancha en la pared hasta que quedó completamente limpia sin rastro alguno de suciedad.

Sólo así Miguel se sintió más tranquilo. Jugué un poco en su casa y después me marché.

Al día siguiente me lo hallé en el patio de su casa observando el muro. No había ninguna mancha, pero la textura de la pintura que se caía a pedazos en la esquina, junto con la iluminación que le caía del sol podía formar una figura humana, dos enormes ojos, una nariz, algo de cabellos y una boca enorme con unos filosos dientes que daban ganas de salir corriendo huyendo de ese terrible ser como si el alma se nos fuera en ello.

Recordé las palabras de mamá y me repetí a mí mismo que todo era una ilusión, que no había nada, que era sólo una figura reconocida por mi propio cerebro, eso y nada más.

Pero la mirada de Miguel lo decía todo.

Tenía miedo en sus ojos y nada de lo que podía decirle lo haría cambiar, ni siquiera cuando giramos de ángulo y al ya no caer la misma iluminación en la textura, la figura se había ido.

—Ya ves, es sólo ilusión. Si lo ves desde otro lado desaparece.

Pero no dijo nada, sólo asintió con la cabeza sin mucho agrado.

Después de eso yo mismo comencé a ver figuras por todos lados.

En el baño, si me quedaba viendo la pared mucho tiempo podía reconocer un rostro; en el piso podía ver animalitos; en los pliegues del pantalón; en las formas de la nubes; en el acomodamiento de la comida, en todos lados y me asusté.

Un día tuve una pesadilla y me desperté bañando en sudor.

—Má—grité una y otra vez hasta que ella vino a mí y me abrazó con cariño.

—¿Qué pasa?—dijo prendiendo la luz.

—Está aquí—afirmé.

—¿Quién?

—El hombre del muro—y le expliqué lo que veía.

Recordó la pregunta del otro día y me explicó una vez más lo que en realidad era.

—Ves lo que quieres ver—aseveró con seguridad—. Si estás asustado verás figuras terribles, pero es sólo una broma de tu mente. No pienses cosas feas, piensa cosas bonitas—dijo y empezó a bromear.

Apagó la luz, abrió la ventana y dejó entrar un poco de iridiscencia lunar que iluminaba levemente la habitación. Entonces buscó figuras en la recámara.

—Mira esa—dijo y señaló una sombra en la pared—. Parece un conejito, ¿a que no? Ve sus orejas, sus patas y el rabito. Y lo dibujó con el dedo hasta que lo descubrí y asentí divertido—Aquél parece un osito comiendo una zanahoria—y lo vi. Efectivamente era un oso pequeño con una zanahoria gigantesca que me dio risa. Y así comenzó a indicarme diversas figuras, todas agradables, divertidas, y el miedo se esfumó como un mal sueño. A partir de ahí nunca más volví a preocuparme por ninguna figura en el muro, ya que cuando veía algo que ligeramente me asustaba, antes de preocuparme cerraba los ojos y le buscaba la figura divertida que me arrancaba el miedo como si nada malo existiera.

En cambio para Miguel fue lo contrario.

Él veía siempre la misma figura humana a cada momento. No le hallaba forma de animalitos o de nada

gracioso, únicamente era el rostro de un hombre que lo perseguía a cada momento y esa idea comenzó a obsesionarlo cada vez más. Así que con el tiempo Miguel se tornó callado, asustadizo, miraba por encima de su hombro, dejó de ser divertido y evitaba los espacios cerrados. Especialmente el concreto.

—Se mueve por las paredes—me aclaró—. Camina por los muros, pasa por el pavimento, se arrastra por los techos y finalmente llega a donde estoy, sea el lugar que sea. La madera no le sirve, no puede caminar por el pasto, y no hay forma de que se mueva por el aire, tiene que ser pared, tiene que estar comunicado siempre por el concreto.

Lo llamó . Y se movía constantemente por entre lo sólido del concreto y era la manera que tenía para vigilarlo.

Miguel no se sentía a salvo, se obsesionó con la idea de que siempre estaba detrás de él y lo seguía a todas partes valiéndose del sólido para trasladarse, de una casa a otra, de un parque a otro, incluso de una ciudad a otra; siempre moviéndose por entre los pisos, los techos y los muro.

—Vive en las paredes—repitió y se ensimismó tanto que los demás niños se cansaron de él, decía que había dejado de ser divertido y comenzaron a evitarlo. Yo me asusté, lo confieso y me asusté por él. Al rato sus padres lo llevaron con un psicólogo que trató de escucharlo y comprenderlo pero hizo cualquier cosa menos eso. Recibió tratamiento y le recetaron medicinas lo que lo cambió aún más tornándolo seco, frío, pálido, y aterrado.

Se negó a permanecer en casa y evitaba el concreto, pasaba largas horas en el monte, entre los árboles y dormido en el pasto que cuando sus padres lo querían meter a la casa a la fuerza comenzaba a gritar desesperadamente y patear todo lo que estuviera enfrente.

—"El hombre muro"—gritaba irremediablemente y tenían que sedarlo para que pudiera dormir en casa.

Al poco tiempo decidieron mandarlo a un hospital en Minatitlán y dejé de verlo. Le pregunté a su familia por él y sólo afirmaban que estaba en tratamiento, que al poco tiempo regresaría a casa y esa respuesta se hizo tan monótona que simplemente dejé de preguntar por él.

Al menos del año se habían mudado de casa y le perdí el rastro. No volví a saber hasta 12 años después por accidente.

Tenía yo 18 años, recién había terminado el bachiller y aún no sabía exactamente qué carrera estudiar, sólo sabía que me gustaba escribir y deseaba estudiar algo relacionado a ello. Mi padre había encontrado un aviso en el periódico de un taller de creación literaria en el Claustro de Sor Juana y fue mi primer acercamiento con mi universidad.

Tomé el curso, aprendí la estructura de los tres actos y por primera vez me sentí fuera de casa, alejado de mi vida en Veracruz, por lo que cuando hallaba algo relacionado a Coatzacoalcos o Nanchital lo disfrutaba de sobremanera y me sentía más en casa; por esa razón me agradó toparme con Andrés en el metro de la línea rosada.

—Ey, Andrés. Soy yo: Alejandro—le dije y se nos hizo raro hallarnos tantos años después en la ciudad de México.

—Si nos hubiéramos puesto de acuerdo no nos encontramos—dijo y conversamos como los viejos amigos que éramos a pesar de que hacía algunos años que no lo veía.

Hablamos de sus planes de vida, yo le dije que aún no sabía el mío y la pregunta obligada fue sobre los demás amigos: Juan estaba bien, se había ido a estudiar a Guadalajara administración; Edgar quería ser piloto aviador y se fue a la naval de Veracruz; Rosas aún no sabía pero estaba pensando irse a Monterrey a estudiar medicina, y entre todos los mencionamos terminamos en Miguel.

—¿Y qué pasó con él?

—¿No lo sabes? —cuestionó extrañado.

Negué con la cabeza y me dijo que estaba en el manicomio.

—¿Y eso?

—Nunca se recuperó—aclaró—. Se obsesionó tanto con la idea del que nunca logró salir de eso. Lo tienen encerrado en un cuarto acolchonado, está aquí en México—mencionó y me dieron ganas de verlo.

—¿Se le puede visitar?

—Supongo, no lo sé. La verdad no lo he ido a

ver—mencionó—. Pero puedes pedirles permiso a sus papás—y me dijo cómo contactarlos.

Para esa noche lo pensé muy bien, no sabía si hacerlo o no pero había sido mi amigo y sí tenía muchas ganas de verlo. Así que al día siguiente les hablé por teléfono y luego fui a verlos en la colonia roma.

—Está peor—me dijeron—. Lo mantienen con camisa de fuerza y no quiere ver nada, prácticamente vive con los ojos cerrados. Afirma que si los abre, le saltará encima—dijo la señora y se echó a llorar.

Me quedé callado un momento dando tiempo a que se limpiara las lágrimas y después me atreví a preguntarle si podía visitarlo, al principio no estaban seguros si aceptar pero luego el señor pensó que sería buena idea, que quizá se sentiría bien si viera una cara conocida. Así que me informaron dónde estaba, lo comunicaron al hospital psiquiátrico y en un par de días ya tenía pase para entrar.

La primera vez me causó mucha impresión.

Tenía miedo de ir, no deseaba verlo en ese estado pero sentí que se lo debía, cuando niños él solía visitarme en casa, me hablaba por teléfono y le agradaba mi compañía por sobre los demás, a pesar de que siempre he sentido que no necesariamente recibía el mismo afecto por parte mía, pero nunca le deseé mal y siempre lo recibí con gusto.

, me dije a mí mismo y me encaminé al sur de la ciudad para verlo.

Reconocí que era un hospital psiquiátrico por la

arquitectura.

Era un edificio de cuatro pisos que anteriormente había sido una mansión a mediados del siglo XIX, no tenía entradas de emergencia sólo una puerta principal con enormes escalones así como varios arbustos a los lados y podía verse que todas las ventanas estaban cerradas con barrotes.

Se sentía el ambiente tenso y la presión de las enfermedades mentales se respiraban a cada paso.

Entré a la recepción y me presenté como amigo de Miguel, que tenía permiso de los padres para visitarlo; me pasaron a una sala de espera mientras se le comunicaba al médico que lo atendía y me cerraron con llave.

Era una espacio grande con varias sillas, todas desocupadas en ese momento, con un televisor pegado en un muro en la parte de arriba que lo cubría una jaula de metal y los barrotes que protegían cada una de las ventanas me daban la sensación de encierro que a los pocos minutos comencé a sentirme prisionero.

No había nadie en la habitación y no sabía cómo salir de ahí en caso de que tardaran mucho, ni había ninguna forma de pedir asistencia; sólo tenía el televisor que transmitía la telenovela de moda que me acompañaba y decidí observarla por un rato antes de que se abriera la puerta y entrara una enfermera a decirme que podía pasar.

El pasillo por el que caminamos se me hizo muy largo y delgado. A los lados había ventanas cerradas y puertas de acero. Podía escucharse a lo lejos algunos gritos o

risas de pacientes en el patio pero no había manera de poder verlos, ni siquiera por algún agujerito en los portones. Y aunque los hubiera no había tiempo de averiguar, la enfermera caminaba rápido y se iba directo que al principio me costó trabajo llevarle el paso.

Cada vez que entrábamos a una sala o que cruzábamos otro pasillo tenía que abrirlo con llave y así mismo tenía que dejarlo cerrado. No había espacio para la inseguridad, me habían advertido que era por la protección de los mismos pacientes mentales y lo creí.

—Los peligrosos no están aquí—me explicó—. Ellos están en el pabellón 9 y no hay acceso a esa área.

No recuerdo si pregunté algo y se negó a contestar o simplemente ya no comenté nada. Seguimos avanzando y el primer encuentro fue con el médico que lo atendía.

—Quería conocerte, eso es todo—me dijo cuando creí que vería primero a Miguel y me sorprendió un poco el recibimiento.

Me explicó su estado, me hizo algunas advertencias y al final comentó que le gustaba que lo visitara.

—Puede ser bueno para su mejoría—agregó y me dejó verlo.

Pasamos por un pasillo donde había otras celdas con diversos pacientes que no estaban tan graves, con quien no se podía hablar y a quien era mejor evitarlos—"por la seguridad de ellos", me había dicho.

Finalmente llegamos a la sala de Miguel y abrieron la puerta que estaba cerrada con llave y me dejaron pasar.

Y me asusté verlo ahí.

Lucía tan solo, tan triste que me llenó de una emoción que difícilmente he podido describir con los años. No sé si me sentí triste, agobiado o asustado. Nunca es fácil ver a un amigo que se aprecia en esas condiciones humanas. Verlo ahí, ensimismado, con la cabeza rapada, la bata blanca, en posición fetal y huyendo de las paredes con un miedo que lo aterraba hasta la médula ha sido una de las imágenes más fuertes con las que he tenido que vivir la mayor parte de mi vida y hasta la fecha no he podido olvidarla y no sé si lo haga jamás.

—Soy yo—le dije pero no me respondió.

Me quedé con el tiempo permitido y no hubo ningún progreso. Miguel ni siquiera se dio cuenta, no me escuchó en ningún momento y no hubo forma de que abriera los ojos.

Dolido de verlo así pensé en no volver a visitarlo pero el médico me dijo que si podía regresar le gustaría mucho, sería bueno y con el tiempo podría ayudarlo. Así que lo hice, le dije que sí y comencé a visitarlo regularmente.

En los primeros meses no hubo respuesta, pero era una visita reglamentaria que hacía cada vez que estaba en la ciudad de México.

Finalmente dejé de vivir en Nanchital y me instalé en el

distrito federal a estudiar la carrera de comunicación audiovisual en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Me hice de amigos varios, conocí a A. y tuve mis vivencias divertidas; sin embargo siempre procuré darle una visita a Miguel y nunca olvidarlo.

Fue entonces en el cuarto año de la carrera cuando me avisaron de su muerte.

Suicidio me dijeron y no me sorprendió.

Pensé en la joven vendada y tuve miedo, pero no dije nada. No quería que pensaran mal de mí. Pero la verdad es que actué la impresión, me mostré sorprendido pero en el fondo no me impactó su muerte, y quizá, sólo tal vez, lo estaba esperando.

Tres días antes de que Miguel se suicidara yo había ido a verlo al hospital.

Ya me conocían, me había hecho amigo de algunas enfermeras, me sabía sus nombres y me habían contado algunas cosas personales; yo era una figura en el psiquiátrico y sabía perfectamente el procedimiento. Incluso me habían felicitado en épocas de navidad y no menos de cinco veces me habían dado algún regalo.

Por lo mismo podía estar con Miguel en su cuarto sin que nadie nos vigilara, sin miedo alguno de que ocurriera algo.

Quizá ese fue el error, no lo sé. Sea lo que sea, ese día, después de varios años de visitarlo, Miguel finalmente había reaccionado. Y por primera vez habló.

Había estado con él una media hora, solía hablarle de lo

que hacía, contarle algunas cosas de Nanchital, de nuestros conocidos y pedirle que de una forma u otra hallara la manera, dentro de sí, de entre su inconsciente, de regresar a casa ya que se estaba perdiendo mucho y me hubiera encantado verlo sonreír como cuando éramos niños.

Entonces, sin previo aviso, con la habilidad de un lince saltó sobre mí y tapó mi boca evitando que gritara y me hizo la seña universal del silencio.

—Está aquí—dijo y lentamente subió el dedo y señaló el muro.

Primero lo vi a él y sentí que había estado fingiendo todo este tiempo. Molesto quise preguntarle si había sido una falacia y todo el tiempo me había estado escuchando pero nunca había deseado contestarme; pero no dije nada y simplemente lo obedecí.

Giré la cabeza y seguí el trayecto de su dedo hasta observar el muro frente a nosotros.

No vi nada, estaba blanco todo él, era una ilusión, estaba jugando, o estaba demencialmente enfermo.

Empero…

Vi que la pared parpadeó.

Enfrente a mí había dos extraños ojos creados por y a partir de la textura del muro, y esos ojos parpadearon.

Me sobresalté levemente hacia atrás. Y entrecerré los ojos concentrado cada vez más en lo que sucedía.

Y lo que sucedió aún lo cargo en mi mente, todo el tiempo.

Los ojos comenzaron a subir a la parte alta de la pared y una nariz empezó a tomar forma, luego las orejas, los cabellos y finalmente toda una silueta de 1.90 m estaba enfrente de nosotros moviéndose por entre el concreto como si viviera, como si fuera parte del mismo muro, como nadie más que el .

Ni Miguel ni yo dijimos nada, estáticos nos quedamos ahí siguiendo la trayectoria del ser únicamente con los ojos. Primero se movió a los lados, y luego al frente.

Miguel tenía razón, no había leyes que le impedían nada, el concreto era su hogar, vivía entre los ladrillos, entre el cemento, en el piso, en el techo, en todo aquella pared que se comunicara entre sí.

El hombre lentamente subía a la parte alta del muro y terminó en el techo, justo encima de nuestras cabezas y bajó hacia el otro lado de la recámara, justo atrás de nosotros extendiendo sus brazos para tratar de alcanzarnos, siempre abriendo los ojos y separando las fauces como un monstruo que grita saltando sobre su víctima.

Entonces Miguel comenzó a gritar y a patear la pared tratando de derrotarlo, pero cuando llegaron lograron tranquilizarlo y me alejaron de la habitación para sedarlo.

Él se quedó gritando y suplicando que lo llevaran a otro lado, al patio, a la exterior y lo dejaba escapar.

Cuando me preguntó el médico que había pasado no

tuve valor de decir la verdad, sólo pedí y supliqué que lo cambiaran de cuarto. Que le dieran lo que él quería pero sin poder explicar por qué. Dije que él lo había visto, que el estaba ahí, que había subido la pared, cruzado el techo y tratado de alcanzarlo por detrás pero sin decirle que yo también lo había visto. No tuve el valor, yo tenía una vida y deseaba regresar a ella. Estudiar mi carrera, casarme con A. y vivir una vida normal como cualquier mortal.

No deseaba un cuarto acolchonado ni pasar la mayor parte de mi tiempo enclaustrado y con medicina.

Y me dejaron salir.

Regresé a mi casa, seguí con mi vida y tres días después me dieron la noticia.

—Miguel se suicidó—fue lo que dijeron y me llené de dudas.

¿Se había suicidado o finalmente lo había alcanzando?

No lo sabía, pero siempre tuve esa duda en mi mente.

¿Había sido una ilusión contagiada por años de visitarlo en el manicomio o efectivamente había sido testigo de su presencia?

No lo sabía y viví mucho tiempo así, siempre preguntándome, siempre dudando, hasta que conocí la mitología japonesa.

El primer encuentro que había tenido con el Japón había sido con la película de de Akira Kurosawa que había descubierto en un videocentro en Coatzacoalcos

cuando tenía 13 años. Me sorprendió tanto el estilo cinematográfico que fue ahí que deseé ser director de cine; la cultura de los samuráis se me antojó tan diferente a la mexicana que a partir de ahí me hice ferviente admirador de sus tradiciones que siempre que podía leía algo sobre ellos y veía alguna película asiática.

Fue así que hallé a los demonios ("apariciones", "espíritus", "demonios", o "monstruos"), criaturas sobrenaturales del folklore japonés. Desde el malévolo al travieso o la mujer pálida . Unos son parte animal y parte humanos; otros son fantasmas que viven a partir de emociones fuertes que tuvieron en vida y los hace regresar de la muerte; y otros más son "espíritus artefacto" conocidos como que abarcan a los artículos ordinarios de una casa que han venido a la vida justo a los cien años de su creación.

Los hay como el , un par de sandalias de paja poseídas; el , una linterna animada; el , una jarra de sake poseída; el , un viejo paraguas fantasmal; el , un espejo poseído, así como el , que no es otra cosa más que un

Cuando leía la descripción en el libro no podía creer lo que veía.

Entonces supe que existía, el existía.

No sabía si salir corriendo y exponérselos a los médicos, a su familia o a sus amigos. Quizá un monje japonés podía explicármelo, quizá algún erudito de la cultura podía revelárselos. No lo sabía, en verdad no

sabía. Sea lo que haya sido, cierto o no, folklore o simple tradición, alguien más, en algún lugar del mundo había sido testigo de eso y podía jurar que existía, que el vivía y vigila permanente a la humanidad hasta el fin de los tiempos.

Pero Miguel estaba muerto, cierto o falso, él estaba muerto y era demasiado tarde para hacer cualquier cosa.

Con dolor cerré el libro y me marché a casa.

No quise pensar en ello y quise continuar con mi vida, terminar la carrera y seguir amando a A., hasta que esa noche, llegó la oscuridad y los demonios vinieron.

Lo primero que escuché fue un ruido extraño.

Abrí los ojos y traté de mirar a los lados, las luces estaban apagadas y con las cortinas corridas difícilmente había espacio para que entrara la luz de la luna. La oscuridad era total y sólo podía observar un negro como la boca del infierno.

Literalmente abrí las orejas y escuché un sonido hueco, como de alguien que arrastra una gran roca de cemento por entre el pavimento. Se movía por todo el cuarto, por entre la esquina, por el piso, por la pared, por el techo y finalmente a la cabecera de mi cama, por encima de mi cabeza.

Cerré los ojos irremediablemente.

No quise observar nada, tenía miedo, un miedo como pocas veces he sentido y me negué ardientemente a prender las luces.

Viniendo de una familia católica, sólo recé unas oraciones y me quedé pensando en el Padre nuestro y el Dios te salve María hasta que la tranquilidad llegó a mi alma y me quedé dormido.

Al día siguiente creí que había sido una ilusión y el recuerdo de ver a Miguel en el cuarto acolchonado lo habían provocado. Pero no fue así: en los días restantes el sonido arribó al cuarto y comenzó a apoderarse de mí.

Siempre era el mismo ruido, nunca cambiaba: era como el de una roca arrastrándose por entre el pavimento, lentamente, sonoramente.

Nada más, no sucedía otra cosa, sólo el sonido que venía, se movía por el cuarto y siempre se callaba justo encima de mi cabeza.

Tenía miedo pero no pasaba nada, era algo común, todas las noches, siempre, casi a la misma hora, se escuchaba por una media hora y luego desaparecía.

Entonces quise verlo, prender la luz y verlo. Salir de dudas y saber qué diablos era eso y qué demonios estaba pasando.

A la noche siguiente escuché el mismo ruido y cuando llegó a estar encima de mi cabeza, estiré el apagador de la lámpara de mesa, prendí la luz y entonces…, lo vi. ¡Oh, Dios, lo vi!

Era parte de la textura del muro, se componía de las manchas de la pared, de alguna suciedad de la estructura. Era un muro, con ojos, nariz y boca. Negro,

una sombra, un ser, una abominable criatura con un rostro penetrante que no hace nada, no dice nada, sólo observa y me vigila todo el tiempo. A cada instante, mirándome, espiándome, reconociendo que soy el único que lo ha visto y con ello se siente cómodo. Como si tuviera alguien que lo ubica, que sabe su presencia y no lo dejará jamás, pase lo que pase.

Y desde entonces está ahí, observándome a cada instante; camina a mi lado por entre los edificios o el pavimento de las calles; permanece arriba de mi cabeza, en el techo vigilando mi sueño; se mueve en la pared por detrás de Marivi en mis clases de actuación; está a mi izquierda cuando ahora mismo escribo en la computadora y no me deja solo en ningún momento, siempre vigilando, quizá cuidándome, tal vez sólo me espía o posiblemente, existe uno por ciento de posibilidad que está esperando el momento justo para saltarme encima y verme envuelto en un sonoro grito que informe a todos mis conocidos que finalmente he fallecido y puede enterrar mi cuerpo.

No lo sé.

Debo saberlo algún día, pero de mientras sólo esperaré, esperaré hasta que el haga su movimiento y sólo ahí sabré qué está pasando, mientras tanto he aprendido a vivir con ello y a sobrevivir en este mundo de porquería.

Capítulo 4Uno de mis alumnos me preguntó hace unos días si , y la verdad es que es una pregunta que yo ya me había hecho varias veces, y me la había respondido con la experiencia.

He dado clases de escritura de guión y de creación literaria y me he esforzado por enseñarles la estructura narrativa, la curva de Aristóteles y todas las reglas necesarias para que hagan un guión completo, con las escenas bien encadenadas y que no haya cabos sueltos, que los personajes tengan sentido lógico, que todo tenga su lugar exacto y perfecto. Y aunque lo aprenden y también se esmeran en seguir las reglas he notado que, es cierto, estructura mata creatividad.

Mis alumnos, cuando se trata de escupir ideas al aire, crear personajes y tramas son creativos y muy originales, tanto que hasta asombran luego sus imágenes, el problema entra en la ecuación cuando se trata de estructurar la historia, respetar las reglas y seguir la curva dramática de los tres actos con sus puntos narrativos. Por alcanzar la lógica y querer redondear la historia, la creatividad comienza a morir. Recurren a escenas ya vistas y luego quedan flojas, no tienen la misma fuerza ni emoción y se sienten frustrados.

También hago cine, he dirigido dos películas y he escrito y vendido algunos guiones. Me considero seguidor del cine mundial y mi favorito es el cine asiático. De Japón, Corea y China principalmente y una de las cosas que he notado—y que también varios autores han descrito en libros del cine asiático—es que ellos no tienen reparo en mostrar todo lo que se les ocurra por muy absurdo, ilógico, violento y extraño que sea. No tienen miedo a romper ninguna regla por muy

inentendible que quede el producto final y es una de las cosas que más ha gustado de ese cine a nivel mundial. Muy diferente al cine occidental donde se preocupan mucho por lo que el público piense o entienda de la película. A tal grado de que en EEUU, por ejemplo, hacen presentaciones de encuesta a distintos públicos, mucho antes del estreno de la película para saber si la han entendido o les ha gustado. Son tan importantes estas encuestas que las productoras han decidido editar escenas, escribir escenas nuevas o incluso realizar una película desde cero y empezarla de nuevo con otros actores. En el cine occidental quieren darle todo al público peladito y en la boca. En Asia los directores hacen el cine que ellos quieren ver en primer lugar, por muy extraño que sea y resulta que es tan creativo que es el mismo cine que el público quiere ver y se consume. Es tanto lo que se consume que genera tanto dinero que a los asiáticos no les importa el mercado occidental y las películas no llegan hasta acá. No son tan ambiciones o necesitados como en EEUU, diría yo.

Y ese deseo de narrar sus propias historias sin importarle el público es una de las razones por las cuales yo prefiero, por sobre todo, el cine asiático. Incluso un amigo bromea conmigo y dice: "tú recurres al cine asiático cansado del cine occidental como una pareja cansados del matrimonio recurren al sexo duro".

Tomando eso en cuenta, he pensado esa pregunta varias veces y he notado que en mis escritos baja la originalidad si trato de respetar mucho. Me he preocupado por si se entiende o no que he dejado ideas sueltas, y esto me desagrada enormemente. Así que hace ya varios años decidí escribir por mí y para mí. No me importa lo que piensen los demás y escribo lo que

quiero leer. Me siento al teclado y me fluyen las ideas y a como se me va ocurriendo lo voy escribiendo. Si llega el momento aparece un personaje, no importa de dónde, lo puedo desaparecer cuando yo quiera. Si termina la historia y no se han explicado algunas cosas me importa un bledo.

Igualmente lo relaciono a la vida. En la realidad uno conoce personas salidos dios sabe de dónde, no se termina uno de conocer y de pronto se han alejado de nuestras vidas y a veces dejan huella, otros no y muchos dejan interrogantes. También en la vida real las cosas no se resuelven a la perfección o como uno quisiera. No se termina de solucionar un problema cuando uno ya tiene otro nuevo, a veces más fuerte. Diría que cuando uno está en medio de una historia con un conflicto a solucionar en tres actos, al día siguiente se presenta otro conflicto, luego otro y otro más. La vida real es tratar—sólo trata en varios de los casos—de resolver sus conflictos y en muchas ocasiones uno puede morir sin solucionar anda y sólo dejar más interrogantes. Odio esas historias formularizadas donde todo se resuelven al final para absolutamente todos los personajes, donde se justifican todas las acciones y donde todo tiene una explicación y un origen. Funcionará en narraciones, pero no en mí ni para mí.

Quizá cuando el escritor escribe y redondea todo a la perfección es una manera de control todo como un Dios. Pero es sólo una ilusión de control, porque en realidad uno como ser humano no tiene control de su vida, los problemas siempre estarán ahí y no tiene organizado ni siquiera la hora de ir al baño, menos cuándo morir.

¿Por qué entonces debería preocuparme tanto por la estructura? La verdad es que no lo hago. Aunque no voy a mentir, cuando se trata de novela es un producto más complejo y extenso donde da más espacio para estructurar todo y embonar las cosas y aún así dejar fluir la creatividad, pero cuando se trata de un cuento…, escribo lo que se me da la gana sin preocuparme por nada. Si les gusta bien, si no, hablen con mi abogado.

Capítulo 5

Para Jennifer.

—Imagina el tiempo no como una línea recta con principio y final, Enzo—dijo Guiseppe aceleradamente y algo emocionado—. Ni siquiera es un óvalo o una hipérbole. El tiempo es un nudo infinito. No hay inicio, no hay final y es gigantesco. El tiempo recorre una línea que se atraviesa en sí misma como un nudo entre nudos, como un garabato—tomó la pluma y dibujó un garabato de miles de formas encimándose la tinta incesantemente hasta que el papel se tornó negro, una mancha—, tocándose a todo momento. Pasando por todo, rodeando todo. Justo en este momento puede estar pasando un dinosaurio encima de nosotros. O si tomo esta pluma—dijo y me la mostró—al mismo tiempo puedo estar levantando una taza de café, en el mismo tiempo, en el mismo lugar pero en otro momento del flujo temporal.

»El tiempo no nos pertenece, nunca le hemos pertenecido.

»En cambio somos parte de un nudo temporal que vive entre nosotros como parte de ello sin poder escapar y tornándonos suyo.

»Nacemos, vivimos y morimos siempre en un mismo espacio-tiempo con punto débiles en el flujo que nos permiten tomar resoluciones para subsistir.

»Cuando pensamos y hacemos algo no es porque así lo decidamos, es porque hay puntos de fuga temporales que nos permiten encaminarnos a otro lado y así crear un nuevo ciclo temporal nudal. ¿Entiendes?

No sabía si decirle que sí, o no. No sabía si dejarlo seguir hablando o interrumpirlo, o continuar la plática y aportar algo a la conversación. Lo que me extrañaba no era lo que decía, sino la manera en que se movía. Lo asustado de sus ojos, lo blanco de su piel, lo arrugado de su cara o lo envejecido que se mostraba su mirada.

—Sí, te entiendo—dije sin siquiera pensar en la respuesta.

—Puedo demostrarlo—afirmó y comenzó a hablar aceleradamente—. No se necesita una máquina para viajar en el tiempo. Esa son historias

estúpidas de ciencia ficción. Tener una máquina es como si pudiéramos controlar el tiempo. Pero el tiempo nos controla a nosotros como unas marionetas. No hay nada que podamos hacer. El tiempo tiene vida eterna. No nació ni morirá, pero vive y nos rodea infinitamente creciendo y aumentando hasta devorar todo. Pero ese nudo temporal se toca constantemente creando espacios débiles, aberturas de tiempo con puntos de escape. Pequeños errores por donde se escapa el flujo y se puede salir de un lado a otro, de un tiempo a otro, sólo pasando un agujero sin ninguna complicación. Tan sencillo como cruzar una puerta.

»Si en este momento nosotros mismos podemos estar bebiendo café y conversando, también podemos estar viendo la tele, durmiendo o trabajando justo en el momento en que un cavernícola está cazando un animal justo en este punto. O un nativo corre justo a través de mí para llegar a su casa. O un auto se estaciona enfrente de ti dentro de 20 años. Para ir con ese cavernícola, ese nativo o tomar ese auto sólo tenemos que levantarnos y caminar para atravesar la abertura de escape flujo temporal como si nada—se levantó y caminó hacia mí. Pero no pasó nada, no viajó en el tiempo y cuando llegó a mí, sonrió y se regresó a su asiento.

—Pero no viajaste, aún estás aquí—dije.

—Sí, porque no tenía intención de viajar. Además no hay esa abertura. Por ahora es imposible de viajar, a menos que haya una hendidura temporal. Si fuera así de sencillo todo mundo estaría viajando en el tiempo y causarían una ruptura temporal que podrían destruir todo el universo.

—¿Entonces?

—Para viajar hay que hallar esas aberturas, o de hecho debilitarlas. Las aberturas están ahí, pero son como puertas cerradas. Sólo hay que abrirlas. Si el tiempo constantemente se está tocando entre sí y perseverantemente los siglos, las horas y los segundos pasan siempre por el idéntico lugar siendo ahora mismo las 12 pm de 1893 como las 4:34 de la mañana de 1345, o las 19:12 del 1899, a tocarse la línea temporal todo el tiempo, esos puntos de fuga constantemente se están debilitando y las puertas están perdiendo grosor. Para viajar sólo hay que debilitarlas aún más, abrirlas y dar ese salto.

—¿Pero cómo se debilitan, según tú? —pregunté llamado por la plática que sin dudar me intrigaba y llenaba de curiosidad.

—Con anacronismos—inquirió y sonrió una mueca que sólo le veía cuando sus ojos brillaban y realmente estaba emocionado en algo, como si tuviera un secreto que sólo él sabía y podía ganar cualquier cosa a todo mundo a su alrededor.

A Guiseppe lo había conocido en el colegio cuando estudiábamos en la primaria. Desde el principio nos agradamos y siempre teníamos conversaciones en común que nos apasionaban. Y nuestra conversación favorita siempre tenía que ver con viajes en el tiempo.

Para mí era como un sueño poder viajar de un lado a otro como quien va de paseo. Me imaginaba dejar mi ciudad de Roma y deambular el Londres victoriano o andar a caballo con los hunos o ver el descubrimiento de América. No deseaba viajar por el poder ni el deseo de enriquecerme, era por el placer de vivir todos los tiempos posibles.

De hecho teníamos un juego: mientras otros jugaban en una casa del árbol, nosotros teníamos nuestra cápsula del tiempo. En el patio de su casa habíamos creado un espacio-construido con pedazos de chatarra, lámina y madera—al qué nombramos "la cápsula del tiempo". Era especie de máquina en la que podíamos viajar a cualquier momento de la historia y donde imaginábamos que recorríamos el tiempo desde la creación del universo.

Fue la época más divertida de mi vida y la recuerdo con mucho cariño, empero en el fondo sabía que era un sueño, una fantasía simple que se disipaba con los años y eventualmente se perdió.

En cambio para él nunca fue así. Especialmente después de la muerte de su padre 7 años después en la via Gabriele D'Annunzio, en la plaza de Popolo. A partir de ahí se decidió a efectivamente viajar en el tiempo y cambiar la historia y esta idea lo obsesionó.

Tenía el sueño de poder ir atrás en el tiempo y evitar el accidente de auto que lo mató. Por lo mismo sólo hablaba de eso, pero a pesar de tener siempre la misma conversación el salto en el tiempo siempre se me hizo muy interesante, era una aventura y siempre me fascinaba y era mi sueño personal: sólo un día, aunque fuera sólo un momento, deseaba viajar en el tiempo y observar el pasado como un espectador ve una película pero degustando el clima, oliendo el momento y disfrutando la esencia del siglo.

Pero para él era diferente. Para él no era una fantasía, era una realidad. Estudió física cuántica, conoció el universo matemático y se planteó la idea de que sólo conociendo de manera científica el universo uno podía entenderlo y quizá dominarlo.

Terminamos nuestra educación básica y nos separamos en la universidad, yo me quedé en Roma a estudiar medicina y él se marchó al extranjero a estudiar ciencias exactas y aunque regresaba en las vacaciones a visitar a su madre Alfonsina y de vez en cuando nos saludábamos, en sí no nos volvimos a tratar hasta hará un par de años.

—Estoy cerca—aseguraba—, estoy cerca de entender el tiempo. Quizá en unos años, o sólo unos días. Estoy cerca—dijo y se angustiaba. Luego de eso nuestra plática cambiaba y se iba a cosas más terrenales, hablábamos de nuestros compañeros, del trabajo y se podía sentir un diálogo más adulto. Incluso pasaba mucho tiempo antes de que mencionáramos el viaje temporal. Y con los años se me olvidó. En cambio a él no.

Él siguió estudiando el tiempo siempre desde el punto de vista científico, adentrándose en teorías de la física cuántica, leyendo a autores reconocidos de la materia y aportando ideas propias. Incluso se entrevistó con estos científicos en conferencias, escribió artículos del tema y al poco rato se hizo un colaborador importante para las ciencias exactas en relación al espacio-tiempo. Creó un blog concerniente al tema y comenzó a tener varios seguidores que lo incitaba en su búsqueda y al rato su blog se convirtió en uno de los más leídos a nivel mundial sobre los viajes en el tiempo y el dominio del flujo temporal. Yo mismo leí algunos posteos sobre ello y me asombraba lo verídico que sonaba, lo real y tangible que podía sentirse un viaje en el tiempo y confieso que me sentí emocionado de que se pudiera lograr dicho salto temporal. Pero aunque me conmocionaba, en el fondo estaba un poco preocupado, pero cuando leía las respuestas y posteos de otros científicos a nivel internacional que lo incitaban a seguir, que le aportaban ideas e inclusive escribían libros como co-autores y afirmaban en las noticias que los viajes temporales estaban cada día más cercanos, la preocupación se me iba y volvía el placer de poder visitar la Roma antigua y yo mismo lo estimulaba con algún leve posteo en su blog pidiéndole que continuara hasta cumplir nuestros sueños de viajar.

Y todo sonaba perfecto.., sin embargo.

Quince días más tarde del último posteo se presentó en mi casa muy excitado. No sabía si era emoción o miedo, pero nunca lo había visto así. Hablaba aceleradamente, sus movimientos corporales eran extremos, no podía estar sentado y la verborrea era tal que difícilmente podía concretar una frase que me sonara lógica.

—Viajaré en el tiempo, te lo aseguro, Enzo—insistía y me preocupé. Llegué a ofrecerle la visita de Santino, un psiquiatra amigo mío, pero no me escuchó. Sólo aseguró que lo haría y se fue.

A partir de ahí cada semana me marcaba al celular asegurándome que estaba cerca y que en breve lo dominaría. Las llamadas se hacían cada vez más continuas e insistentes hasta que un día me marcó a las 6 de la mañana y me pidió de favor que fuera a su casa. Estaba aterrado y no pedía de favor, más bien lo gritaba a todos los vientos y prácticamente me ordenó que lo hiciera.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes? —le cuestioné intrigado y muy preocupado.

—Ven—fue lo único que dijo y me colgó. Enseguida me metí a su blog para ver si ahí había posteado algo que me indicara qué sucedía con él, quizá ya estaba cerca o había algo desastroso. Sin embargo no había posteado nada en los últimos quince días y eso me preocupó aún más. Si ya se sentía cerca, si ya había encontrado algo realmente importante ¿no debería ser su blog el primer lugar para comunicarlo? Empero no fue así, de hecho parecía como si ya no lo tomara en cuenta y se hubiera olvidado de él por completo. Incluso en su página de comunidad en las redes sociales había varios comentarios de sus seguidores donde le preguntaban qué había pasado, por qué ya no posteaba, qué tan cerca estaba y cuándo se anunciaría, estaban ansiosos y me extrañó ya que siempre se había dignado a responderles a cada uno de ellos todos sus comentarios afirmando que los mantendría informados de cualquier dato nuevo que saliera a la luz.

Pensé por un momento qué podía sucederle, pero no se me ocurrió nada así que decidí telefonearle a Santino.

—Necesito que me acompañes—le dije—. Lo sentí muy extraño. Está obsesionado. Me temo lo peor.

—Tengo un problema en el manicomio, no puedo ir. Acaba de ocurrir algo…

—Tienes que ir, por favor. Te lo pido—le supliqué y después de pensarlo aceptó ir conmigo. Arregló unas cosas en el hospital y dejó órdenes estrictas de que se le localizara a todo momento si algo emergente ocurría. Pasé por él al hospital y nos fuimos. En poco tiempo llegamos a la casa de Guiseppe. Toqué a la puerta esperando que la abriera inmerso en un acelerado verborrea profesando frases ilógicas inentendibles, pero cuando abrió la puerta y noté su mirada descubrí que todo había desaparecido.

—Hola—nos saludó como si nada hubiera pasado y en poco tiempo de conversar con él nos dimos cuenta que no tenía idea de lo que estábamos haciendo ahí. No recordaba haber telefoneado y no tenía noción alguna de viajes en el tiempo. Como si esa plática nunca hubiera cruzado por nuestra amistad.

Observé a Santino con preocupación en el rostro y Guiseppe nos invitó a pasar. Tomamos un poco de café y accedió a que Santino lo revisara médicamente. Se metieron en un cuarto y ahí le hizo un examen minucioso. Por mi parte yo esperé en la sala a que regresaran muy preocupado y extasiado sobre el diagnóstico.

—Todo está bien—me aseguró Santino y fruncí el ceño.

—Quizá te hablé entre sueños—dijo Guiseppe—. En verdad no recuerdo haberte telefoneado. Pero lo siento si te asusté—se disculpó y la conversación comenzó a tranquilizarme. Estuvimos un par de horas platicando y después nos marchamos dejándolo calmado como la persona más cuerda que jamás haya visto.

—En verdad no me lo explico—le dije intrigado a Santino—. Me despertó muy asustado. Y el que haya olvidado esas conversaciones que tuvimos por años sobre los viajes en el tiempo no me tranquilizan del todo, más bien me asustan. ¿Qué diablos le pasó?

—No lo sé—afirmó—. Pero te puedo asegurar que todo está bien en él. No le encontré ningún problema, por lo menos físico.

—Me gustaría que le dieras unas vueltas de vez en cuando, es su estado mental el que me preocupa.

—Muy bien, lo haré—accedió. Lo dejé en el psiquiátrico para que atendiera su asunto, le ofrecí disculpas por haberlo sacado de sus asuntos laborales y me fui a mi casa. Pensé en Guiseppe durante un par de horas y con el tiempo me quedé dormido.

Al despertarme mi primer impulso fue entrar a su blog y leer algún comentario pero me encontré con la página cerrada. Ninguna justificación, sólo la ausencia total de su blog, de su página de comunidad y de todo vestigio de algún artículo o escrito relacionado al tiempo como si jamás hubiera existido. Y el miedo me carcomió.

Esa misma noche hubo un toquido a la puerta.

Me levanté de la cama enseguida, apenas si me puse una bata, salí a abrir y me hallé a Guiseppe con una expresión inidentificable frente a mi puerta. Tenía una mirada que jamás le había visto y no podía reconocer la emoción que le recorría el cuerpo.

—Anacronismos—dijo y sonrió esa mueca que no le veía desde que estudiábamos en la preparatoria. Fue el primer momento en que pude identificar sus pensamientos.

—¿Anacronismos? —pregunté intrigado pensando en qué momento hablarle a Santino para que nos acompañara, pero la indicación de Guiseppe de no llamarle había sido muy tajante y me preocupaba su reacción si lo hacía.

—Si juntas objetos, o situaciones que rompen con la cronología temporal real se puede debilitar el agujero y se abre la puerta por lo que se puede cruzar el tiempo tan sencillamente como acostarse en una cama.

»El asunto es combinar los objetos exactos para viajar a un tiempo en específico. Deben ser por lo menos tres: uno primario, el objeto A, que decida el tiempo al que se va a viajar. Este objeto debe ser el más fuerte energéticamente porque tendrá su propia fuerza gravitatoria temporal que jalará a los demás, incluyendo a uno mismo, a ese tiempo decidido para viajar. Y los otros dos tendrán la misma fuerza energética pero de menor tamaño. Inversamente proporcional el uno del otro, como una especie de freno para no seguir avanzando. Si falla un objeto es como si la puerta que se abriera en ese agujero no sólo no se cerrara, sino que seguiría abriendo puertas infinitas y se caminaría por todos los espacio-tiempo que cruzan ese lugar en específico. Por eso un objeto es el freno: es el objeto B que detendrá la energía y hará posible que se cierre la puerta. El tercer objeto, el objeto C, permitirá el regreso al tiempo inicial si se desea volver. Es una especie de ancla que se mantendrá ligado al tiempo de inicio y permitirá el regreso a casa.

»Lo justo es hallar los objetos energéticamente temporales necesarios para viajar en el tiempo.

Lo miré sin saber qué decir. Lo decía tan convencido que por un momento hasta le creí, pero dentro de mí lo sabía: estaba asustado por él, decididamente se había vuelto loco.

—Ya los encontré—escupió.

—¿De qué hablas? —pregunté extrañado.

—Me costó mucho trabajo hallarlos ya que el accidente fue en una calle común y en la familia no conservamos ningún recuerdo físico de ello. Ni siquiera estuvimos ahí. Pero finalmente los encontré.

—¿De qué diablos estás hablando? —repetí sobresaltado.

—De la muerte de mi padre. Ya encontré los objetos energéticos temporales del momento antes de su fallecimiento. Voy a viajar al pasado, justo antes del accidente y evitaré su muerte. Sólo vine a decírtelo en caso de que todo salga mal.

—Espera, ¿qué puede salir mal? —dije intrigado—. Si no funciona simplemente no viajas, ¿no es cierto? No pasa nada.

Y me miró, justo en ese momento Guiseppe me miró y expresó un terror sorprendente que jamás había visto en nadie, ni siquiera en esos pacientes del manicomio de Santino que temen a todo en este mundo.

—No, hay algo más—dijo y se quedó callado. Le pregunté más e intenté que me explicara qué sucedía pero se negó a contestar. Sólo me dio indicaciones de su trabajo, sus pertenencias y una especie de herencia por

si no lo volvería a ver.

—No tengo familia, lo sabes—agregó—. Así que si no sabes más de mí, te dejo todo en mi caja fuerte que está en mi recámara—sacó las llaves de su casa y me las puso en la mano—. Sabes la combinación, es la contraseña que usábamos cuando niños en nuestra cápsula del tiempo. Ahora debo irme.

Se levantó y se encaminó a la puerta.

Me paré enseguida y lo alcancé exigiéndole una explicación, me preocupó y traté inútilmente de incitarlo a abandonar su viaje o sea lo que sea que estaba punto de hacer.

—Debo hacerlo—comentó Guiseppe y se marchó sin voltear atrás. No pude evitar que se fuera ya que sin hacerme caso se subió a su auto y se alejó a gran velocidad.

—Recuerda: es la contraseña de nuestra cápsula del tiempo—agregó al último y se perdió en la oscuridad. Yo sólo observé las llaves de su casa y me asusté.

Me vestí rápidamente y le telefoneé a Santino contándole todo. Aún estaba en el hospital. Todavía no se había solucionado el problema que tenían pero accedió a vernos en el psuiquiátrico. Ahí le planteé la situación y le narré con detalle lo que había sucedido. Procedimos ir a su casa pero no lo hallamos. Lo buscamos en la universidad donde laboraba pero nadie lo había visto en varios días. Le llamé a su celular pero no hubo respuesta. No había manera de comunicarse con él, y ni siquiera podía dejarle un mensaje ya que había cerrado todas sus cuentas en la internet.

Y me asusté.

Literalmente podía estar en cualquier lugar, en cualquier tiempo.

Efectivamente no volví a saber de Guiseppe en varios días. Me sentía invulnerable, confuso. No podía levantar una denuncia de su desaparición porque a mí, digamos su único amigo, sin ningún pariente, le había confesado que viajaría y por lo tanto era lógica su ausencia y no había manera de proseguir así una investigación.

—¿Y a dónde viajó? —me preguntarían. Y podía imaginarme la cara de ellos cuando les respondiera:

—A 1983.

Así que decidí esperar.

Regularmente visitaba la internet y lo buscaba. Pero su blog se mantenía pagado. No se abría una cuenta nueva y no se escribía un artículo reciente sobre los viajes en el tiempo. Simplemente desapareció y no había manera de localizarlo. Obviamente en su celular tampoco respondía.

No sabía cuánto tiempo esperar antes de visitar su casa. Si existiera una mínima posibilidad de éxito, aunque fuera sólo un 0.1% de éxito, entonces tendría todo el tiempo a su favor y podía llegar a su casa en cualquier momento, por lo que procedí a seguir esperando hasta que la espera fuera tan desesperante que me motivara a abrir la caja fuerte y averiguar por una vez por todas qué carajos estaba pasando.

Pasó un mes y Guiseppe no aparecía.

—Ábrela—me dijo Santino—. Te la dejó a ti, ¿no? Ya esperaste el tiempo suficiente, no ha dado muestras de vida. Creo que deberías abrirla. Es más, te ordeno como médico que lo hagas ya que he visto que tu preocupación va en aumento y comienzas a preocuparme a mí también.

Así que accedí a hacerlo y Santino quiso acompañarme.

Nos presentamos en su casa, yo con cierto miedo y Santino con curiosidad más que miedo.

Abrimos la puerta y notamos la ausencia total. El aire se sentía seco, sin olores de presencia humana. El polvo a los lados y el vacío como pruebas inequívocas de que nadie había estado ahí en varios días.

Al principio quise buscar en su sala si tenía algún artículo por ahí mal puesto, pero Santino me hizo ver que sólo estaba perdiendo el tiempo y atrasaba el momento que tanto me temía.

—Sabes dónde está, no te hagas idiota—dijo y nos encaminamos a la recámara.

La caja fuerte estaba detrás de un cuadro. Yo nunca había estado ahí, por lo que la buscamos durante un momento antes de hallarla detrás de un cuadro. Cuando lo hicimos a un lado notamos que la caja fuerte era moderna y para abrirla había que oprimir números en un tablero.

—La combinación es nuestra contraseña para la cápsula del tiempo—había dicho. Tardé un momento en recordarla. Antes era natural para nosotros, la decíamos más de 10 veces al día. Según el juego no cualquiera podía viajar, sólo los astronautas temporales y la única manera para entrar era

con una contraseña. Si alguien no la sabía no le permitíamos participar en nuestro juego y obviamente no había viaje temporal. Sólo un par de chicos quiso jugar con nosotros y no hubo manera de que les confesáramos la contraseñas por lo que sólo nosotros viajábamos en el tiempo.

—Pero ¿cuál era? —dije. Hacía tanto tiempo que no pensaba en ello que no lo recordaba tan fácilmente. Incluso cuando Guiseppe me lo indicó no pensé en ello, era tan natural en nosotros que creí que con sólo presentarme ante la caja fuerte automáticamente la recordaría, pero no fue así. Tal vez el nerviosismo o el miedo ante lo desconocido me hizo olvidarla justo en ese momento.

Santino me excitaba a hallarla, sugirió situaciones, frases al aire. ¿Qué tan complicado podía ser? era un juego de niños.

—Espera, ya recuerdo—dije—. Había un poema que mencionábamos mucho en ese entonces. ¿Cómo era? —y me quedé ahí pensando, sólo pensando—. Yesterday, upon the stair, I met a man who wasn't there. He wasn't there again today. I wish, I wish he'd go away...

»¿Cómo se llamaba?

—Antagonismo.

—No—dije recordándolo perfectamente—: "Antigonish"

Y oprimí la contraseña en la caja fuerte.

Enseguida se abrió.

Con cierto miedo observé la cara de Santino y procedí a sacar lo que ahí hallare, fuera lo que fuera.

Primero encontramos algunos estados del banco. Unos documentos del trabajo, algo de dinero y una tableta.

Lentamente la saqué y la revisé. Era un computador portátil, así que ahí debía tener todo. Sus archivos personales, todas sus pruebas y alguna carta explicadora.

Quise prenderla pero noté que ya no tenía pila, así que busqué el cargador y lo hallé ahí mismo en la caja fuerte. Quisimos conectarla a la toma corriente pero no había luz, era claro que la había cortado por falta de pago así que tomamos la tableta y nos encaminamos a mi casa.

Todo el viaje me fui preocupado. Comentamos varias cosas y esperábamos que lo que halláramos no fuera tan grave como me lo temía.

Al arribar conecté la tableta al tomacorriente y esperé a que tuviera suficiente carga para prenderla y comenzar a buscar algún archivo que revelara lo que había sucedido con él.

Pensé en entrar a sus datos personales y creí que tardaría un par de horas en hallar algo, pero me sorprendió ver que el primer ícono en el escritorio era mi nombre. Así que lo abrí y ahí hallé varios archivos. Los abrí uno por uno y aunque varios de ellos explicaban los viajes en el tiempo noté que eran muy complejos ya que partían de bases científicas, incluso con teorías matemáticas las cuales no conocía las variables ni tenía el léxico suficiente. Continué buscando hasta que hallé los videos.

Procedimos a verlos pero en ellos explicaba lo mismo que había leído en su blog, eran bases teóricas para los artículos y no aportaban nada nuevo que no conociera.

Entonces hallamos un video que en verdad nos sorprendió.

La fecha de creación había sido justo dos horas después que se había marchado de casa. Y era una grabación en línea. Al parecer la tableta la había guardado prendida en la caja fuerte y él se grabó desde lejos. Ya Guiseppe había cerrado su casa y había dejado todo justo para que yo lo hallara. Se marcó por un Iphone y dejó una videograbación a distancia para que así pudiera yo verla una vez que se hubiera marchado.

—Te llamo desde…—mencionó la calle del accidente de su padre y noté que estaba ahí parado con ropas de la época y procedía a repetir el momento, o por lo menos viajar al pasado para evitar la muerte de su padre—. Ya tengo todo listo, tengo los tres objetos que crearán la anacronía necesaria para el salto temporal y te grabo todo lo que ocurra en caso de que suceda. Si no pasa nada, bueno, quedaré como un idiota pero por lo menos lo habré intentado.

Luego se quedó callado un momento y prosiguió:

—No me he atrevido a decirte nada, ni siquiera lo he mencionado en el blog, pero descubrí algo aterrador que pone en peligro todo. Es quizá la razón por la cual nunca ha habido viajes en el tiempo anteriormente. Es tan agresivo que no debería estar haciendo esto, pero se lo debo a mi padre. Tengo que arriesgarme. Debo hacerlo.

»Si algo sale mal, no intentes viajar. Repito: no intentes viajar, por favor.

Entonces levantó los tres objetos que tenía en la mano y los apiló en el suelo, uno encima del otro para acomodarlos en el mismo espacio-tiempo y así abrir esa puerta en la abertura nudal temporal.

—Ahora sólo es cuestión de tiempo—dijo y enfocó los objetos con la cámara.

Pasaron unos segundos y parecía que nada estaba a punto de ocurrir, incluso se escuchó su decepción como un susurro y estuvo a nada para detener la grabación, pero súbitamente los objetos comenzaron a temblar.

—Mira, la grieta temporal se debilita—. Enfocó los objetos y juro que se movían. Eran como si cada uno tomara posesión del otro objeto. Y eso afectaba todo a su alrededor. Era como si la física fallara, las leyes de la naturaleza perdieran fuerza e incluso la luz se distorsionara—. Se debilita, ¡se debilita! —se puso a gritar como loco y se hinchó de emoción. Parecía un sueño pero efectivamente los objetos hacían todo. Emanaba luz de ellos o había luz a su alrededor, no podía distinguirlo pero efectivamente algo rearo sucedía. Y esa energía que escapaba de ellos aumentaba hasta abordar el espacio, incluso el tiempo.

»Mi padre murió a las 11 de la mañana—dijo y entonces entendí que la luz no propiamente salía de los objetos, sino que era la luz del día, justo a las once la mañana cuando ocurrió el accidente. Los objetos debilitan esa abertura nudal y la puerta se abría.

»Tengo que irme—se enfocó a sí mismo. Dejó la cámara en el suelo apuntando hacia los objetos en un plano abierto y procedió a viajar en el tiempo—. Recuerda: no lo intentes.

Santino y yo no podíamos creerlo, el video no parecía falso. Todo ocurría en ese momento, justo en donde estaban las piedras había una grieta temporal, podía verse la calle en dos tiempos diferentes. A las 11 de la mañana y en la noche cuando Guiseppe había marcado a la tableta. Ni Santino ni yo dijimos nada, sólo continuamos viendo la grabación sorprendido por lo que pudiera ocurrir y deseando que él estuviera bien.

Guiseppe tocó los objetos y su cuerpo se introdujo en la abertura. Literalmente estaba ahí y al mismo tiempo no estaba. Era justo en la puerta, sólo tenía que cruzarla para viajar en el tiempo, justo como él lo había dicho: tan sencillo como caminar un solo paso. Y su rostro lleno de felicidad así lo indicaba. Sabía que lo haría, sabía que estaba a punto de lograr su sueño y sabía que podía evitar la muerte de su padre como tantos años lo había imaginado.

Entonces su rostro cambió y se llenó de terror.

—Oh, por Dios.

—¿Qué pasa? —grité muy asustado.

—Están aquí—dijo lleno de pánico—. Entran por los ángulos. ¡Entran por los ángulos! —quiso escapar pero no pudo, se movió un centímetro acaso y de pronto desapareció: viajó en el tiempo y se esfumó de nuestra época como si nunca hubiera estado ahí.

—No se llevó los objetos—dijo Santino.

—¿Qué?

—Mira—señaló la tableta y me mostró la grabación. Justo en el momento en que debía cruzar la puerta espacio-temporal se llenó de miedo y soltó los objetos. Guiseppe había desaparecido pero los objetos quedaron ahí.

—Por eso nunca regresó—dije sorprendido.

Santino frunció el ceño.

—El objeto C permitirá el regreso al tiempo inicial del viaje—dije—. Necesita el objeto C para regresar al presente. Si no lo tiene se quedó atrapado en 1983. Y no hay manera de que pueda regresar a casa ya que es imposible que encuentre un objeto del 2012 en ese tiempo.

»Debemos viajar al pasado y traerlo de vuelta—expresé con decisión como nunca la había expresado.

—Y si…—pensó Santino temiendo todo—. ¿Qué pudo haber entrado?

—No lo sé. Pero debemos ir, no podemos dejarlo ahí, en el pasado. Tenemos que ir por él, ¡tenemos que ir por él! —repetí y no me cansé de pedírselo hasta que aceptó hacerlo y nos encaminamos a la calle.

Ya en el auto pensé más las cosas y confieso que el miedo me carcomió. No sabíamos nada lo que había ocurrido, no entendíamos sus advertencias y no nos explicábamos quiénes entraban por los ángulos. Por un momento pensé en desistir pero me quedé callado. Sólo esperaba el momento en que Santino arribara a la calle y las fuerzas me llegaran de algún lado para bajarme del auto.

Así fue, ni siquiera supe cómo lo hice.

El auto se detuvo y me bajé enseguida para buscar los objetos. No sabían si aún estaban ahí. Había pasado ya más del mes de su desaparición, era probable que los objetos se hubieran perdido. Quizá alguien más se los había llevado y posiblemente era inútil, pero tenía que probar.

Efectivamente así fue.

Buscamos por varias horas, el tiempo había hecho estragos. Los objetos ya no estaban. El clima, la gente, algunos animales, el viento, la lluvia, cualquier cosa pudo habérselos llevado. Sea lo que sea, los objetos se habían perdido y no había manera de viajar en el tiempo.

Era inútil. Cuando me di cuenta de eso me derrumbé lleno de miedo.

Había perdido a mi mejor amigo.

Cualquier vestigio de esperanza de volverlo a ver se había esfumado.

Estaba ahí mismo, justo en ese momento quizá salvando a su padre, quizá abrazándolo lleno de amor y ese sentimiento de alegría lo utilicé para calmarme y poder regresar a casa para mitigar el dolor de haberlo perdido.

Santino me dejó en mi casa y él se marchó a la suya.

Cuando llegué a la sala me encontré la tableta aún cargada de batería, pero la apagué sin deseos de ver nada. Por un momento quise borrar todos los archivos y dejar el pasado detrás. Pero pensé que era el trabajo de toda una vida y sería un insulto desaparecerlo de la faz de la tierra, así que sólo apagué la tableta y me eché a la cama rendido por la búsqueda inútil de los objetos temporales.

Al día siguiente me fui al trabajo y regresé a mis asuntos, revisé a mis pacientes y traté de olvidar el tiempo. Renuncié en buscarlo y quise dejar todo atrás para no pensar de nuevo, no sentir y no pensar hasta que el dolor desapareciera como un suspiro en el viento.

Durante un año no ocurrió nada.

Seguí mi vida normal en el consultorio, atendí un par de enfermedades complicadas y participé en unas operaciones quirúrgicas que llegaron a los textos de medicina.

Mi trabajo lo era todo y tomé fuerza de ahí diariamente hasta borrar cualquier recuerdo de Guiseppe, incluso hasta Santino me dijo que trabajaba demasiado y si seguía así podía caer enfermo.

Pensé en no hacerle caso pero cuando me di cuenta ya habían pasado suficientes días para aceptar la muerte de Guiseppe y me tranquilicé.

Conocí a Alessandra y una vez más me emocioné por algo.

Comenzamos a salir y todos mis compañeros notaron que mi humor había mejorado. Salíamos para divertirnos y la pasábamos muy bien, incluso pensé en ella como la mujer de mi vida y no pasó mucho tiempo antes de que se mudara a casa y viviéramos juntos.

Fue ella quien encontró el video, yo no.

—¿Y esta tableta? —preguntó.

—¿De dónde la tomaste? —cuestioné intrigado.

—Del cajón. No sabía que tenías una tableta. Yo he querido comprarme una pero hasta ahora no lo he hecho. ¿Qué tal está?

—No lo sé. No es mía—dije y reconocí que en todo este tiempo no había reparado en la tableta y en Guiseppe.

—¿De quién es?

—De un amigo—dije y traté de quitársela. Pero Alessandra se llenó de curiosidad.

—¿Por qué la tienes?

—Me la heredó.

—¿Heredó? ¿Murió?

—Sí, podría decirse—dije y me alejé un poco de ella.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?

—Estoy bien, es sólo que…

—¿Qué?

—Nada. Dámela, voy a guardarla—se la quité y la regresé al cajón. Pensé que con eso se había olvidado todo ya que no tenía intenciones de volver a prenderla pero no contaba con la curiosidad de Alessandra.

Un día que no estaba yo en casa ella la encendió y halló el video. El último video.

—Tienes un mensaje—dijo mostrándome la tableta—. Tal vez ya lo viste. No lo sé.

—¿Es un video? —pregunté y Alessandra asintió—. Sí ya lo vi. Es de un

joven en la calle.

—No, es un anciano en una casa.

—¿Qué? —me paré sorprendido y tomé la tableta de sus manos.

Movilicé el cursor con mi dedo a la carpeta que Guiseppe había abierto para mí, fui al último archivo creado y en propiedades revisé los datos del mismo.

Cuando descubrí que había sido creado una hora después del viaje temporal de Guiseppe el miedo cayó sobre mí sepultándome.

—¿Qué pasa? —agregó Alessandra con nerviosismo—. Me asustas.

Tuve miedo pero abrí el archivo y comencé a ver el video. Era una videograbación a distancia. Procedía del Iphone de Guiseppe, justo después de su viaje en el tiempo.

—Está vivo—dije—. ¡Está vivo! —levanté el teléfono y enseguida le marqué a Santino. Alessandra no entendía qué pasaba. Le di un beso en la boca y le dije que todo estaba bien. Que se lo explicaría pero que en ese momento debía salir a la calle. Cuando Santino contestó quedamos en vernos en su consultorio y le confesé con emoción que Guiseppe estaba vivo—. No sé cómo lo hizo, pero está vivo—le dije—. ¡Está vivo!

Tuve miedo de ver el video yo solo, así que lo interrumpí y esperé a que estuviéramos juntos para verlo los dos. Hice tripas corazón y no vi nada hasta que llegué al consultorio de Santino.

Dejó estrictas indicaciones de que nadie lo interrumpiera y ahí dejé correr el video.

Lo primero que vimos fue el rostro en plano cerrado de un anciano de quizá unos 60 ó 70 años.

—Hola, Enzo—dijo—. Te envío esta grabación antes de que intentes algo. Los vi, están ahí. Los vi antes de terminar el viaje por lo que no pude llevarme el objeto C y no hubo manera de regresar a casa. He vivido todo este tiempo en el pasado y tuve que esperar 29 años antes de comunicarme.

»A veces he querido verte en la preparatoria, o en la universidad. Pero me he detenido. No podrías creerme por mucho que te lo explicara. Así que vine justo al momento en que hice el viaje y tomé los objetos y el Iphone, y sólo así cuando hubieras visto todo, sólo podía encontrarme de nuevo contigo sin volverte loco.

—Oh, Dios mío—Santino levantó la cabeza y se tapó la boca con miedo, con el miedo de alguien que se ha dado cuenta que ha cometido el error más sorprendente en toda su vida.

—Quiero que sepas que todo está bien.

»No pude salvar a papá. El tiempo ya está escrito, es incambiable. No se puede viajar y cambiar nada. Pero en cambio se puede viajar y crear el tiempo, escribir la historia y hacerla posible.

»Verás: no evité la muerte de papá. Pero en cambio la hice posible. Yo lo maté. Yo lo maté—y el anciano se echó a llorar. Cuando vi a Santino comprendí que no le sorprendía, de una forma u otra él lo sabía.

—¿Qué pasa, Santino?

En ese momento el Guiseppe anciano asustado levantó la cabeza. Miró a hacia su lado izquierdo, abrió los ojos como platos y regresó al Iphone.

—Debo irme, ya están aquí. Si puedo iré a buscarte—dijo aceleradamente y comenzó a correr. A partir de ahí el video se hizo confuso, la cámara se movió y no pudimos distinguir nada. Hubo gritos, ruidos extraños y nada tenía sentido hasta que el video terminó del todo y fue lo último que supimos de él.

Buscamos en la tableta pero había sido la última llamada. No había un video más reciente. Era el último vestigio del viaje temporal de Guiseppe.

—Lo conozco—dijo Santino lleno de espanto, tanto que me intrigó—. Todo este tiempo ha estado aquí—y señaló el manicomio.

—¿Qué? —escupí un grito que llenó la habitación.

Caminamos aceleradamente por los pasillos mientras me explicaba lo que estaba pasando.

—No sé cuánto tiempo lleva aquí—se justificó—. Cuando yo llegué ya estaba. Te lo juro: no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo?

»Siempre fue un caso muy extraño. No había manera de probar nada. Se comportaba agresivamente. Le caían depresiones muy fuertes y se culpaba así mismo de asesinar a su padre cuando era muy claro que había sido un accidente de auto. Lo interrogaron y no existía. No tenía número del seguro social, no tenía casa, ni trabajo, nadie lo conocía, no vivía en ninguna parte. Y hablaba incoherencias que el lugar más lógico para encerrarlo era justamente aquí en el manicomio.

Cuando llegamos al pabellón siete me mostró la puerta de su celda.

—Ha vivido aquí todo este tiempo.

»El hospital siempre fue de mi familia, mi abuelo lo fundó y mi padre lo atendía antes que yo, y cuando entré a trabajar me topé con su caso y desde entones lo he estado viendo.

»Al principio todo estaba bien. Pero justo hace un año, cuando me pediste que te acompañara a ver a Guiseppe a su casa, esa mañana había escapado del hospital—recordé lo preocupado que estaba Santino ese día por un problema en el psiquiátrico.

»Te lo juro, no sabía que estaba relacionado.

»Lo hallamos en la madrugada siguiente y desde entonces ha estado encerrado en esta celda sin posibilidad de ver a nadie.

»Lo siento, no sabía que era Guiseppe.

Me asomé por la ventana y lo vi: Guiseppe era un anciano encerrado en una celda. Una de las mentes más brillantes en la física, el único ser que había logrado viajar en el tiempo estaba encerrado en un manicomio como una basura humana.

—Mierda—dije y Santino se sintió apenado.

Abrió la puerta.

No podría explicar el conjunto de emociones que se expresaron en ese momento. Mi rostro lucía temeroso, complaciente, sorprendido e intrigado al mismo tiempo. El de Santino lucía atónito, avergonzado, deprimido y perturbado. Y el de Guiseppe. ¡Oh, Dios, el de Guiseppe!

—Soy yo—le dije y me reconoció enseguida.

—Luces tan joven—declamó y unas lágrimas corrieron por su rostro.

Me abalancé a él y lo abracé con cariño. Era mi amigo a quien creía muerto. Pero vivía, maldita sea, ¡vivía!

Santino lleno de vergüenza le pidió disculpas y le dijo que lo sabía todo. Se insultó así mismo y le pidió perdón por no haberlo escuchado todo ese tiempo cuando era obvio que trataba de comunicarle algo, porque en todos estos años él lo conocía.

Pero no había forma de arreglarlo. Ya todo había sucedido así. Guiseppe no culpaba a nadie más que a él mismo. Incluso entendía por qué lo tomaron por loco. Él mismo se trastornó tanto que se creyó loco. Pero

había esperado, todo este tiempo había esperado.

—¿Qué sucedió? —Pregunté lleno de dudas—. Tu padre, ¿qué pasó?

—Yo lo maté—dijo—. Justo en el momento en que viajé al pasado me lo topé en la calle y fue testigo del viaje. Salté y prácticamente le caí encima, aparecí ante sus ojos y lo asusté tanto que se hizo hacia atrás impactado. Traté de jalarlo pero fue tarde, cayó de espaldas en el pavimento justo en el instante en que el auto cruzó por ahí y lo arrolló.

»Si no hubiera viajado no hubiera muerto. ¿Entiendes? Si no hubiera cruzado la puerta entonces no hubiera cambiado el pasado. Nunca hubiera hecho nada por viajar en el tiempo y por lo tanto nunca hubiera fallecido. Pero no fue así: murió porque viajé al pasado. No se puede cambiar el tiempo, en cambio el tiempo se crea. El tiempo vive con nosotros mismos. Crece con nosotros y somos nosotros quienes lo creamos a todo momento.

—Mierda—escupió Santino boquiabierto.

—¿Y los ángulos? —pregunté—. ¿Qué coños pasa en los ángulos?

—¡No! —gritó Santino tratando de silenciarme cubriendo mi boca.

Guiseppe abrió los ojos como platos y todo ese terror regresó como un muro cayendo sobre su espalda. Y se trastornó.

—Mierda. ¡Mierda! ¡Mierda! —repitió Santino una y otra vez pateando la cama, el muro, la puerta. Todo.

—¿Qué pasa? —pregunté intrigado. Jamás lo había visto así de molesto.

—No podemos hablar con él, no después de los ángulos.

—¿Qué coños está pasando? —observé a Guiseppe y efectivamente su mirada lucía distante. El terror lo había devorado y su mente se había esfumado. Parecía en coma, estaba seco, vacío. Ya no estaba ahí, y no sabía dónde demonios se había ido.

—Lo he estado atendiendo todos estos años. No sabía de qué hablaba, no le entendía nada, no lo conocía. Sólo sabía que le tenía un miedo absoluto a los ángulos, un terror enorme que no permitía que lo mencionáramos. Si por alguna razón se le recordaban los ángulos su mente se trastornaba y permanecía catatónico por tiempo indefinido. Como un escape al terror que había visto fuera lo que fuera.

—¿Qué demonios hay en los ángulos?

—No lo sé—dijo y miró el rostro de Guiseppe. Definitivamente ya no estaba ahí y no sabíamos por cuánto tiempo estaría alejado.

Me fui a casa con más preguntas que respuestas.

Alessandra me interrogó y no supe explicarle nada, era demasiado confuso para ponerlo en palabras. No me creería de ningún modo. La tranquilicé diciendo que todo había terminado, pero que tenía un amigo enfermo y debía ver por él. Era mi herencia.

—¿El mismo amigo de la tableta?

—Sí. Es mi responsabilidad—le dije y comenté que estaba en el manicomio. Debía hacerme cargo de él por lo que esperaba su entendimiento. Me aseguró que sí e incluso me ayudó y se mostró muy comprensiva.

Guiseppe no mejoró en los siguientes días y en cambio el estado de Santino comenzó a empeorar. Se sentía culpable y no dejaba de ofrecer disculpas diciendo que si lo hubiera sabido eso no hubiera pasado nunca. Traté de acallarlo y decirle que ya todo había ocurrido así, que el tiempo era incambiable, que no tenía caso agobiarse pero él continuó.

Al poco rato su energía decayó. Su rendimiento en el trabajo se tornó deficiente y prácticamente el único paciente que atendía era Guiseppe. Lo visitaba todos los días y había perdido interés en los demás. Se sentía culpable, extremadamente culpable.

—No puedes seguir así—le dije—. Fue una pedrada del diablo—agregué—. Ni tú, ni Guiseppe, ni yo tuvimos la culpa. Pasó porque tenía que ocurrir. Reacciona y sigue con tu vida, no puedes dejarte caer.

Pero no reaccionó. En cambio cayó en un arrepentimiento tan grande como jamás había visto en una persona.

Días después me llamó al celular.

—Encontré los objetos—dijo y su voz sonaba extraña, como si cargara un peso en la garganta.

No supe qué decirle, sólo colgué el teléfono y me encaminé al hospital temiendo que hiciera una estupidez y el camino se me hizo tan largo como viajar al inicio de los tiempos.

—Explícate—le ordené con impaciencia.

—Los objetos los tomó él—me aclaró—. Cuando escapó del psiquiátrico fue al momento justo del viaje temporal. No sé si intentó evitarlo o ya sabía que no podía cambiar la historia, pero él estuvo ahí cuando él mismo viajó en el tiempo y una vez que su yo más joven se fue, recogió los objetos y el Iphone y se marchó.

»Usó el Iphone para grabar la última llamada y después lo localizamos.

»Nadie se molestó en revisarlo, la idea era atraparlo y nada más. Así que lo cogieron y cualquier cosa que pudo haber tenido lo soltó. Así que los objetos deben estar ahí todavía. Incluyendo el Iphone.

—¿Y de qué nos servirán los objetos? —pregunté—. No se puede viajar y cambiar el tiempo.

—No lo sé. Pero pueden ayudarnos a mejorar su estado catatónico y sacarlo de ese estupor de una vez por todas.

Y accedí a buscar los objetos.

Rápido fui a verlo al hospital y Santino me estaba esperando.

Yo no estaba muy seguro sobre si hallar los objetos sería lo correcto pero Santino insistía que la mejor forma para superar los miedo era afrontarlos y que si el gran temor de Guiseppe era el miedo a los ángulos temporales, quizá, sólo quizá podría salir del estado catatónico y regresar con nosotros y tener la vida normal que se merece.

Asentí y pensé en lo culpable que él se sentía y pensé que más que hacerlo por Guiseppe lo hacíamos por Santino ya que la culpa lo carcomía y su salud así lo indicaba. No comía bien, no dormía y su estado emocional se deploraba cada día más.

—¿Dónde lo atraparon? —pregunté para saber a dónde debía orientar el auto.

Santino me indicó el lugar incluso con un mapa en su Ipod touch pero cuando me dijo el lugar ya sabía hacia dónde ir.

—Es la casa de sus padres—expliqué—, ahí vivía antes de irse a la universidad.

—No sabía que era su casa—inquirió Santino y se derrumbó una vez más—. No tenía idea que era él.

—Ya no importa. Ahora sólo interesa el futuro.

Conduje por el camino que ya perfectamente conocía y por un momento me sentí extraño ya que hacía casi 20 años que no visitaba esa parte de Roma y los recuerdos me agobiaron.

Infinidad de veces había pasado por ahí cuando éramos niños y jugábamos en la capsula del tiempo. Y la última vez que había asistido a su casa había sido en la universidad cuando cada quien estudiaba su carrera.

Su madre Alfonsina me trataba como su propio hijo y la familiaridad era tal que sentí que regresaba a mi propia casa. Cuando estacioné el auto juró que sentí que en cualquier momento la señora Alfonsina abriría la puerta y me ofrecería un delicioso panna cotta como siempre hacía.

Pero no fue así, la mujer había muerto hace años y la casa, aunque Guiseppe le daba mantenimiento constantemente, se conservaba cerrada. Nunca había querido rentarla y sólo le pagaba a un hombre para que cuidara de ella.

—En todo este tiempo no había pensando en la casa—dije y comprendí que el hombre aquél, después de la desaparición de Guiseppe, era muy probable que ya se hubiera marchado por falta de pago.

Pero no, extrañamente el hombre ahí estaba.

Cuando toqué a la puerta de manera mecánica, pensando que nadie respondería, me sorprendió que la puerta se abriera.

—Joven Enzo—dijo el hombre y noté que enseguida me reconoció—. Hace tanto tiempo.

—Hola, Albertino—extendí la mano y lo saludé. Pensé en pedirle disculpas por no visitarlo todo ese tiempo pero me desconcentró invitándome a entrar.

Le presenté a Santino y ambos entramos a la casa.

—He mantenido la casa hasta que regrese el señor Guiseppe.

—¿Qué regrese? —fruncí el ceño.

—Sí. Dijo que se marcharía por un tiempo, quizá hasta un par de años. Me dejó pagado y me pidió que cuidara de la casa hasta que volviera.

No tuve valor para decirle que ya había regresado.

—La he cuidado todo este tiempo. ¿Usted no sabe cuándo vuelve? Ya pasó

un año que se marchó.

Pensé decirle, pero Santino me tomó del hombro y sólo comenté que no lo sabía.

—Perdón, señor—me interrumpió Santino—. No recuerda algo raro que haya pasado un año, justo cuando se marchó el señor.

—Sí—afirmó y nos invitó a sentarnos en la sala. Nos ofreció un café o un té pero no aceptamos—. Lo recuerdo muy bien, fue cuando allanaron la casa, yo me di cuenta. Pensé en afrontarlo pero mejor hablé por teléfono a la policía y después llegaron por él. Me dijeron que eran del manicomio, que se había escapado, me dieron las gracias. Declaré algo a las autoridades y desde entonces no ha pasado nada. Aseguré la casa con cerradura nueva y todo ha estado tranquilo desde entonces.

Santino me miró y yo lo miré a él. Hallé todavía el sentido de culpa en sus ojos.

—¿Habló con usted, no le dijo nada? —añadió Santino.

—No, pero…—se quedó callado.

—¿Qué, qué pasó? —me agregué a la conversación.

—Cuando llegaron por él el viejo me reconoció. Le vi sus ojos, era como si me conociera de toda una vida. No sabía nada de mí, jamás lo había visto, pero estoy seguro que me conocía. Lo juro por Cristo.

»Quise hablar con él, pero se lo llevaron.

»Me dijeron que lo mejor era dejarlo, debían regresarlo al psiquiátrico a donde pertenecía y que me olvidara de él. Y lo hice, pero por un tiempo esa mirada me atormentó. Como si quisiera decirme algo.

—¿No dejó nada?

—¿Cómo qué?

—¿No recuerda si tenía algo, unas cosas en la mano que haya dejado por ahí?

—Sí, tenía un teléfono. Cuando llegaron por él hablaba por teléfono, le cayeron encima y lo aventó por ahí.

—¿Y algo más? —pregunté emocionado.

—Sí—dijo y caminó hacia un librero—dejó unas cosas. Las tiró en el suelo,

muy lejos de los hombres que lo atraparon como si no quisiera que las tomaran. Me di cuenta perfectamente. No quise decir nada y cuando se fueron las guardé. No sé por qué. Pensé en venderlas pero vi que no eran gran cosa. Sólo tres objetos sin valor. Incluso viejos—se agachó y abrió uno de los cajones del librero y de ahí tomó una caja la cual acercó a nosotros. La abrió y ahí estaban los objetos energéticos temporales: una pluma, un reloj de bolsillo y unos anteojos. De distintos tiempos cada uno, pensé en ellos como objetos A, B y C y me pregunté ¿cómo podríamos saber cuál era cuál? —el más valioso es el reloj, pero es corriente por lo que en realidad no tiene gran valor. Aún así, no sé por qué lo guardé. El Iphone está aquí también—y nos lo mostró. No tenía pila, pero no importaba, eran los objetos los realmente valiosos.

—¿Podemos tomarlos? —pregunté amablemente.

—Sí, joven Enzo—dijo—. Aunque no sé para qué los quieren, no valen nada.

—Valen, Alberto—comenté—. Valen.

Nos despedimos de él, le aseguré que tan pronto supiera de Guiseppe le avisaría y de ahí nos fuimos a un café a discutir qué haríamos a continuación.

En el restaurante pedimos algo ligero. Yo unos Cappelletti y Santino unos Panzerotti pero comimos por inercia, ni él ni yo teníamos hambre.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

No sugerí nada referente, pero en el fondo deseaba viajar. Tenía miedo de hacerlo, pero pensar en viajar al pasado, justo antes del accidente y evitar que Guiseppe matara a su propio padre era un deseo ferviente que cada vez aumentaba más y más. Quizá se equivocaba, quizá sí era posible cambiar la historia y así era, tenía que intentarlo.

Pero el miedo me detenía por lo que me quedé callado

—Tenemos que hacer que Guiseppe afronte sus miedos, es la única manera posible que supere el terror a los ángulos—dijo Santino.

—¿Y si las cosas salen mal?

—No pueden estar peor de lo que está ahora.

Pensé que tenía razón. El estado de Guiseppe no había mejorado y su fase catatónica era más poderosa cada día.

—Está bien, ¿cómo lo haremos?

—Quizá revivir el momento.

—¿Viajar? —pregunté impactado.

—No, no viajar. Sólo revivir el momento. Lo llevaremos a la plaza del Popolo con los objetos. Y trataremos hacerlo sentir en ese momento para que se enfrente a los ángulos. No viajaremos a ningún lado. No tomaremos los objetos para que no haya posibilidad de viaje y cuando vea que no pasa nada, que no hay peligro de por medio, entonces quizá regrese a nosotros y salga del coma, sólo así podrá vivir de nuevo

—No estoy seguro. Pero podríamos intentarlo—acepté—. ¿Cuándo lo haremos?

—Ahora mismo.

Asentí. Terminamos de comer, pagamos la cuenta y nos preparamos para el futuro.

No soy hombre religioso pero juro que pensé una plegaria.

Cuando llegamos a la plaza del Popolo, la Basílica de Santa María del Popolo se mostraba imponente frente a nosotros. Justo en ese lugar el padre de Guiseppe había sufrido el percance. Ahí se hizo la misa y ahí le llevaban flores cada año. El señor Augusto era ferviente amante del arte además de la religión, y gustaba de ver las obras de Caravaggio y Bernini en las paredes y techos del templo; por lo que iba muy seguido a la iglesia ya que era su lugar favorito en toda Roma.

Guiseppe se mantenía callado con esa mirada seca que atormentaba a Santino a cada momento. Yo tenía miedo de lo que pudiera pasar así que giré la cabeza, observé la fachada de la iglesia y recé una plegaria a Santa María suplicándole que todo saliera bien.

Nos acercamos a la calle, Santino traía los objetos y yo ayudaba a Guiseppe a caminar, más bien lo guiaba para que me siguiera en mis movimientos.

El día de su accidente, el señor Augusto recién se había bajado de un taxi, en la via Gabriele D'Annunzio cuando de momento algo lo sorprendió mientras se encaminaba a la Basílica, se hizo para atrás, cayó de espaldas

y su cabeza fue arrollada por un auto que no pudo evadirlo y lo mató; por lo que fuimos justo al lugar del accidente y ahí nos plantamos haciéndole ver a Guiseppe que todo estaba bien. No había nadie en ese momento. No había saltos temporales, no había ángulos que temer.

Nos paramos en la zona del accidente y mientras sacaba los objetos de mi chaqueta noté que algo en los ojos de Guiseppe comenzaron a cambiar. Quizá se estaba percatando de todo, quizá no, ya que aún se mantenía rígido y podía ser sólo un reflejo de la luz en sus ojos lo que daba idea de conciencia. Quise hablar con él pero justo en ese momento recibí una llamada telefónica de Alessandra. Al principio no le hice caso, pero el sonido era tan molesto y la desconcentración tan fuerte que interrumpí la acción, dejé a Guiseppe un minuto y respondí el Iphone para hablar con ella.

Siempre me han molestado las llamadas inoportunas y en ese momento la llamada de Alessandra no podía ser más inoportuna, casi ni la escuché. Mencionó algo de que saldría de viaje con su amiga Filomena y regresaría hasta la tarde del día siguiente. Le dije que no importaba, que no había problema y prácticamente le colgué para seguir el proceso. Ni siquiera me fijé al oprimir los botones del Iphone, sólo terminé la llamada y regresé al experimento. Entre detener a Guiseppe que parecía reaccionar y sacar los objetos de la chaqueta, me colgué el Iphone al cuello y continuamos con nuestro asunto.

Saqué los objetos de la americana y precedí a colocarlos en el suelo.

—¿Dónde murió? —preguntó Santino.

—Justo ahí—señalé el piso recordando todas las veces que había acompañado a Guiseppe y a la señora Alfonsina a colocar una flor en el suelo en honor al fallecido.

—Ponlos ahí mismo—indicó Santino.

Entonces recordando la grabación de la videollamada coloqué los objetos en el mismo orden como Guiseppe lo había hecho hacía un año y debió haber funcionado porque la mirada de Guiseppe comenzó a cambiar. Frunció el ceño e intentó reconocer todo, pero aún así se mantenía rígido.

—Bien, suéltalos—expuso Santino—. Pase lo que pase no los toques.

Dejé los objetos e incluso nos alejamos un poco. Lo importante era que Guiseppe viera que no pasaba nada, y efectivamente los objetos no hacían nada. No había ese rayo de luz que habíamos visto en el video, ni parecían moverse, ni comenzó a transparentarse el tiempo. En realidad con los objetos no estaba pasando nada, pero en cambio Guiseppe…

Guiseppe no reaccionaba, quizá me había equivocado, y esa expresión de su mirada sólo era una ilusión y nada más. Me sentí decepcionado y comencé a agitarlo.

—¿Ves, Guiseppe? —le dije—. No pasa nada, no hay viaje en el tiempo, no hay ángulos, no hay entrada de ningún tipo. No hay nada que temer. ¡Regresa!—grité.

Pero Guiseppe sólo veía los objetos en el suelo, fruncía el ceño, pero fuera de eso no hacía nada más. Sólo veía los malditos objetos en el suelo como si sólo eso existiera en este mundo.

La decepción y el dolor de perderlo se cruzaron en emociones de ira, así que enfurecido lo agité con más fuerza y comencé a gritarle.

—¡Reacciona, Guiseppe! —no respondía y enfurecido le grité aún más—¡Reacciona, maldita sea!

—Espera—me detuvo Santino de golpe y respondí de inmediato. Ambos observamos la mirada de Guiseppe y ya no sólo fruncía el ceño, estaba recordando, efectivamente estaba recordando.

—Vamos—susurré y deseé que volviera con nosotros, pero no lo hacía. Sólo estaba ahí mirando todo y nada. No regresaba, su mente se había ido y quizá jamás volvería.

Esperamos un momento pero era inútil así que dimos por fallido el experimento y decepcionados decidimos regresar a casa, así que me agaché para recoger los objetos y cuando los tomé escuché el grito desesperado de Guiseppe que reventó mis oídos.

—¡No! —y se abalanzó sobre mí aventándome al suelo. Guiseppe cayó sobre mi costado derecho y del impacto solté los objetos que rodaron por el suelo—. ¡No lo hagas! —agregó Guiseppe y descubrí que finalmente había regresado.

—¡Guiseppe!—dije lleno de emoción y alegría cuando vi en su mirada que me reconocía y me observaba con familiaridad—. ¡Eres tú, Guiseppe! ¡Volviste!

—No tomes los objetos, nunca más.

—No lo haré—le respondí y le di un abrazo tan fuerte como sólo se les da a los mejores amigos. Él a su vez me regresó el apretón como si no nos hubiéramos visto en treinta años y afectivamente así había sido: treinta años.

Cuando nos levantamos noté que Santino nos observaba emocionado,

contento pero un poco serio. Quizá la culpa no se le iba del todo, quizá era cuestión de segundos.

Nos ayudó a incorporarnos y le pidió perdón.

—Todo está bien—dijo Guiseppe dándole una presión de manos—. No hay más que se pueda hacer—y procedimos a regresar a casa.

Santino quiso recoger los objetos del suelo, pero Guiseppe dijo que lo mejor era deshacerse de ellos, así que los pateó en el suelo y justo en ese momento un auto pasó cerca y arrolló el reloj de bolsillo destruyendo la posibilidad de viajar al momento del accidente para siempre.

—Ya no vas a regresar al hospital—indicó Santino—. Extenderé la orden y serás dado de alta—. Ya todo está bien, sólo quisiera que me visitaras ocasionalmente para atender tu caso y convencernos de que todo está bien.

Guiseppe asintió y aceptó tener terapias con Santino para asegurarse de que no hubiera decaídas nuevamente.

Le ofrecí a Guiseppe una estancia en casa pero quiso volver a su vivienda. Había estado tan lejos de su hogar que deseaba dormir en su cama como si todo hubiera sido un mal sueño. Despertarse y continuar su vida normal, y nada más.

—¿Seguirás con tu carrera en la física? —me atreví a preguntarle.

Sólo negó con la cabeza.

—No sé qué haré, pero no regresaré a ello. Ya mañana veremos.

Le respondí con una sonrisa y le hice saber qué nunca más estaría solo, que decidiere lo que fuera, yo lo apoyaría en todo.

Nos fuimos a celebrar, pasamos a un restaurante sencillo pero con platillos deliciosos, conversamos y reímos como pocas veces.

A Guiseppe lo llevamos a su casa y cuando vio lo vacía que se hallaba, sin luz y sin haber sido limpiada temí dejarlo solo y le ofrecí un lugar en mi casa ya que Alessandra no llegaría hasta el día siguiente pero no aceptó. Dijo que era algo que tenía que hacer. Así que se quedó a dormir en su casa con una satisfacción de felicidad que pocas veces había visto en alguien.

Después de eso Santino y yo nos marchamos.

—¿Qué tienes? —le pregunté—. Te veo algo preocupado. ¿Es porque

pasará la noche solo? Sí, a mí también me inquita un poco, pero es sólo una noche. Mañana se pagará la luz, limpiará y todo regresará a la normalidad.

Pero cuando no respondía vi que no era eso lo que le molestaba.

—¿Qué pasa? —insistí.

—Viajaron—añadió briosamente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué dices?

—En el momento en que Guiseppe saltó sobre ti, por un segundo tocaste los tres objetos, y los dos se movieron en el aire. Cayeron al suelo y soltaste los objetos.

—Sí, así fue. Pero estamos aquí, no viajamos.

—No, no me entiendes—aclaró—. Por un instante viajaron.

—¿De qué hablas?

—Tocaste los objetos, Guiseppe te tocó y ambos se movieron siempre en contacto con los objetos, por un segundo. Menos de un segundo quizá. Pero yo vi todo. Juro por Dios que por un instante ambos desaparecieron.

»Viajaron y el objeto C los trajo a casa.

—No sé qué decir, no vimos que los objetos se movieran, ni la luz, ni la unificación temporal, nada. Y definitivamente no vi la Roma de 1983.

—Estuviste ahí, te lo digo.

Me quedé callado, pensando por un momento.

—Bueno—añadí un poco más relajado—. Quizá, pero estamos de vuelta. Guiseppe salió del coma, regresa a una vida normal, no nos quedamos en el pasado. Todo salió bien después de todo.

»No hay de qué preocuparse.

—Sí, tienes razón—agregó y subió los hombros—. Todo salió bien—comentó ya más relajado y se bajó del auto. Regresó a casa con su esposa y yo me marché a mi hogar.

En el camino pensé un poco sobre ello, pero no le di mucha importancia.

Cuando llegué a casa ya me encontraba más relajado. Fui al bar y me serví una copa. Estaba feliz, tenía una sensación extraña de cuando se termina una aventura que ha durado años y finalmente ya todo pasó a una vida mejor.

Brindé en honor del tiempo y en el fondo le agradecí a Santa María del Popolo que nos ayudara, luego fui a la cama y me eché en ella rendido y muy satisfecho con los resultados.

Vi el reloj de mi buró y vomité una sonrisa, pensé que habíamos vencido al tiempo y me dormí.

Alessandra llegó media hora más tarde.

Me despertaron la sensación de su presencia y abrí los ojos algo confuso. Miré hacia la puerta y su figura cruzó el pasillo hacia la sala.

—¿Alessandra, ya tan pronto?—pregunté tallándome los ojos—. Creí que llegarías hasta mañana.

Me levanté de la cama, supuse que estaría cansada y quise ayudarla a bajar las maletas. Pero primero quise ir al baño a desalojar. Cuando crucé el pasillo ella estaba parada en la sala, no vi bien pero creo que revisaba su bolso o algo parecido.

—Ahora te ayudo—aclaré y entré al baño. Oriné un poco, me lavé las manos y me tallé la cara. Vi por el espejo que Alessandra cruzó por detrás de la puerta y entró al cuarto. No decía nada lo que me hizo pensar que se había molestado con Filomena. No se me ocurría por qué se habían molestado—. ¿Pasó algo con Filomena? —le dije al entrar al cuarto, pero para mi sorpresa ella no estaba.

Regresé al pasillo y me asomé a la sala.

—¿Alessandra? ¿Pasa algo?

Pero ella no estaba en la sala. Intrigado caminé por el pasillo, crucé la pieza y pasé a la cocina. Ahí no había nadie. Fruncí el ceño y supuse que había salido al auto a quizá recoger algo, así que abrí la puerta, la llamé y me asomé a la calle. Pero Alessandra no estaba ahí, sólo se veía la oscuridad al fondo, el silencio y nada más.

—Vaya—pensé. Cerré la puerta y regresé a casa.

En eso sonó el teléfono.

Intrigado levanté al auricular, justo en ese momento Alessandra cruzó la habitación hacia el cuarto.

—Ah, ahí estás—dije cuando la vi pasar—. Ahora voy—comenté y hablé por el teléfono—. Pronto—respondí.

—Pronto, Enzo—añadió Alessandra—. ¿Qué pasa con tu Iphone? Intenté hablarte pero lo tienes apagado.

—¿Alessandra?

Y giré la cabeza hacia a un lado, una figura humana cruzó del pasillo hacia la sala.

En ese momento se me agitó el corazón.

—Hablé nada más para saludarte y contarte…—pero yo no la escuché. La figura humana estaba parada frente a mí. La oscuridad era casi total, por la ventana entraba una luz tenue de la iridiscencia lunar que no permitía verle el rostro. Era una figura negra, de unos dos metros, complexión delgada, cabello largo, y una oscuridad total que lo rodeaba y no permitía observarle el rostro por ningún lado.

—¿Quién eres? —pregunté tirando el teléfono al piso. Pero la figura no respondió nada. Absolutamente nada, sólo se quedó ahí parado, mirándome—. Si quieres dinero, tómalo y vete de aquí—. Pero la figura, sea quien sea no hacía ni decía nada, lo que me impacientaba todavía más.

Comencé a moverme lentamente hacia a un lado sin dejar de verlo. Estudiaba sus movimientos pero no hacía ninguno, en cambio yo me alejaba de él y podía acercarme hacia la puerta para tomar de ahí un objeto, un adorno, lo que fuera que me sirviera de arma.

La figura no se movía, sólo me veía fijamente y parecía no importarle lo que yo hiciera. Cuando sentí eso me movilicé más rápido y entonces tomé una pequeña escultura de bronce de un mueble cerca de la puerta y me abalancé rápidamente hacia la silueta.

Empero el movimiento fue tan brusco o torpe de mi parte que la figura no sólo evadió mi golpe sino que logró escapar, movilizarse y huir de ahí tan rápido que ni siquiera pude notar hacia dónde se había fugado.

Enseguida prendí las luces y entonces noté que estaba completamente solo.

Fui a las habitaciones, prendí todas las luces y descubrí que no había nadie. No podía creerlo, no podía ser tan rápido. Estaba frente a mí y en un instante se había ido. Y no se hallaba en ningún lugar de la casa.

Cuando me hube convencido de que se había marchado fui al teléfono. Alessandra ya había colgado. Preocupado marqué a la policía y reporté un allanamiento de morada. Quedaron en llegar lo más rápido posible y aunque me dijeron que los esperara fuera por si todavía estaba en el interior de la vivienda, mi primer impulso fue hablarle a Alessandra. Pero ella no contestó en su móvil, yo no sabía el teléfono de Filomena y fui a recoger mi Iphone para marcarle desde ahí, lo tomé y me salí a la calle obedeciendo a la policía.

Ahí afuera levanté el Iphone, lo encontré apagado y lo prendí para irme a contactos.

Entonces noté que tenía un video nuevo.

No recordaba haber grabado nada, de hecho no había utilizado esa aplicación desde que Alessandra se la había puesto. Y la última persona con quien había hablado era con ella, pero ¿grabar un video?

Ahí recordé que me había telefoneado justo en el experimento, no le escuché bien, la corté velozmente y colgué, quizá sin darme cuenta había grabado algo.

Lo revisé y efectivamente no había colgado el teléfono, más bien había videograbado toda la acción que había tenido justo en el experimento. Así que corrí el video y pude ver que me colgué el Iphone en el cuello, y ahí tenía visión completa de lo ocurrido.

Guiseppe estaba frente a mí, Santino por otro lado preguntándome dónde había muerto el señor Augusto.

—Justo ahí—señalé el piso. Y coloqué los objetos en el suelo después que Santino me hubiera indicado que lo hiciera.

—Bien, suéltalos. Pase lo que pase no los toques.

Dejé los objetos y Guiseppe no reaccionaba.

—¿Ves, Guiseppe? —me escuché decirle—. No pasa nada, no hay viaje en el tiempo, no hay ángulos, no hay entrada de ningún tipo. No hay nada que temer. ¡Regresa!—grité.

Pero Guiseppe sólo veía los objetos en el suelo, no pasó mucho tiempo. Quizá un minuto cuando comencé a gritarle. Vi en el video como lo agité y le berreaba

—¡Reacciona, Guiseppe!¡Reacciona, maldita sea!

En eso Santino entró al cuadro y me detuvo de golpe. La cosa se calmó y pasó un rato sin que sucediera nada.

El plano del video se veía cortado pero lograba notar lo que ocurría.

Durante un par de minutos no sucedió nada y escuché mi propia decepción en el audio, fue en el momento en que dimos por fallido el experimento y me agaché para recoger los objetos tomándolos un segundo. Escuché el grito desesperado de Guiseppe y justo en ese momento me llené de miedo. No de miedo a morir o un crimen violento. No miedo a perder mi casa o un accidente de auto. Un miedo tan extraño como diferente, un miedo inclasificable que nunca había sentido. Un miedo desastroso que no puedo explicar ni hacerle ver a nadie.

Un miedo a lo desconocido justo cuando se hace palpable.

Santino tenía razón.

Quizá fue un instante, menos de segundo, pero viajamos. Por todos los demonios del averno, Guiseppe y yo viajamos al pasado.

La grabación del Iphone no duró un segundo, en cambio el video indicaba 10 minutos.

No fue sólo un salto a 1983, sino a un lazo nudal entre el 2012 y 1983.

—El tiempo recorre una línea que se atraviesa en sí misma como un nudo entre nudos, como un garabato—me había explicado Guiseppe hacía un año—, tocándose a todo momento. Pasando por todo, rodeando todo. Justo en este momento puede estar pasando un dinosaurio encima de nosotros. O si tomo esta pluma al mismo tiempo puedo estar levantando una taza de café, en el mismo tiempo, en el mismo lugar pero en otro momento del flujo temporal.

Guiseppe tenía razón. La línea temporal era un nudo que se recorría una y otra vez sobre sí mismo tocándose en distintos flujos temporales, distintos años, días y minutos. Podían ser las 4 a.m. del 14 de abril del 1999, o las 8 p.m. del 30 de febrero del 2023, o las 12 a.m. del 10,000 antes de Cristo, o miles y miles de momentos más. Incluso de tiempos desconocidos, de años antiguos, de civilizaciones antes desde el inicio de los tiempos. De los primigenios.

Y estaban ahí.

¡Están ahí!

A cada momento, todo el tiempo.

La cámara del Iphone logró captarlos, el video es prueba fehaciente de ello.

Los objetos a primera vista no se habían movido, y no se había creado esa energía espacio-temporal porque es invisible; pero la energía es lo suficientemente fuerte para que sea captada eléctricamente. No lo notamos porque habíamos sido testigos del viaje por la grabación en video. Las ondas energéticas temporales son invisibles a la vista humana, pero no para el video. Así que ahí estaban, los objetos se movía una vez que estaba alienados en el orden necesario para el salto tiempo-nudal. El cambio de luz, la transparencia del tiempo estaba ahí, siempre lo estuvo. Y justo cuando toqué los objetos…

¡Oh, Dios!

El espacio se abrió. Todo cambió y la cámara fue testigo a cada momento.

En los diez minutos que grabó el video se puede observar no sólo el cambio visual de la plaza del Popolo de 1983 al 2012, sino de distintos tiempos desde el inicio de la creación, todos los años o momentos que son tocados en el nudo temporal y se atraviesan unos sobre otros, rodeándose y creándose a cada instante.

Sólo Guiseppe y yo no cambiábamos. Todo lo demás se movía a nuestro alrededor, pero él y yo nos manteníamos estáticos. El color del cielo, el estado de los edificios, la naturaleza, la decena de gente que transitaba por ahí, y la ausencia del todo cuando apenas se hubiera creado la tierra, todo estaba ahí y podía admirarlo como en cámara lenta, a todos y a ninguno.

Fue ahí cuando entendí finalmente a Guiseppe.

Y fue ahí cuando observé los ángulos.

¡Oh, Dios, los ángulos!

No me desconcentró el ruido de la patrulla, ni la voz del policía cuando me preguntó si todo estaba bien.

No, no fue eso. Fue algo más.

No alcancé a decirle nada. Sólo asentí con la cabeza.

—Reportaron un allanamiento de morada—dijo el hombre.

Asentí una vez más, y señalé mi casa. El hombre me dejó con su compañero, sacó su arma y entró a mi domicilio para revisar si todo estaba bien.

Después de un rato salió y dijo que la casa estaba segura, que no había nadie y que no existía peligro.

—No parece que les haya dado tiempo de robar algo—dijeron—. Ya huyeron y no creo que vuelvan pero estaremos vigilando por si regresan. Si falta algo de valor es cuestión de que lo reporte.

Me tranquilizaron y ellos lucían relajados.

No lograban entenderlo.

Cuando el policía llegó yo señalé a la puerta, y creyó que le había señalado mi casa y por eso entró. Pero no. No señalé mi casa.

Ninguno de los dos hombres podía verlo, quizá jamás lo verían y sólo y Guiseppe y yo podríamos saberlo. Porque sólo nosotros habíamos viajado y sólo nosotros lo habíamos visto.

El policía cruzó la puerta como si nada, y es que para él efectivamente no había nada.

Pero estaba todo, la nada absolutamente y ellos.

Los primigenios que habían entrado por los ángulos.

Esos seres largos y delgados, de figura humanoide, de rostros inexpresivos, sin facciones y completamente negros; que estaban ahí parados, sin hacer nada, sólo mirando, sólo esperando justo enfrente de mí, en la puerta, a mis espaldas, y a mi alrededor.

Vigilando a todo momento, porque verán, Guiseppe y yo cometimos un error.

Saltamos en el tiempo y rompimos las reglas del universo. Vimos lo que está ahí y está vedado a los ojos humanos. Lo que nadie en el universo debió haber visto. Y seremos castigados por ello.

No sé cuándo. Quizá hoy, tal vez mañana. Los primigenios decidirán cuándo, me vigilan a cada momento. No se separan de mí y viven conmigo.

Esperan, sólo esperan el veredicto, una orden proveniente de ningún lado que les dirá lo que sucederá conmigo.

Guiseppe ya ha sido castigado, ya lo han decidido. La policía dijo que fue suicidio, otros que fue un infarto, no se ponen de acuerdo. Ni siquiera Santino le halló una respuesta a su muerte. Sólo le cayó la culpa sobre sus hombros una vez más y se derrumbó sintiéndose agobiado.

Y yo.

Yo no puedo escuchar a Alessandra cuando me llama por mi nombre, ni puedo ver a los médicos de bata blanca cuando me alimentan, ni siquiera noto los gritos de los demás pacientes en el hospital.

Yo sólo veo a esas figuras negras de estaturas altas y delgadas, sin facciones en el rostro, que no me abandonan en ningún momento, que no me dejan hacer nada y no me quitan la mirada.

Y que sólo esperan la orden de saltarme encima y castigarme por romper las reglas del universo y de toda la creación infinita.

Sólo esperan y tienen todo el tiempo del mundo para hacerlo.